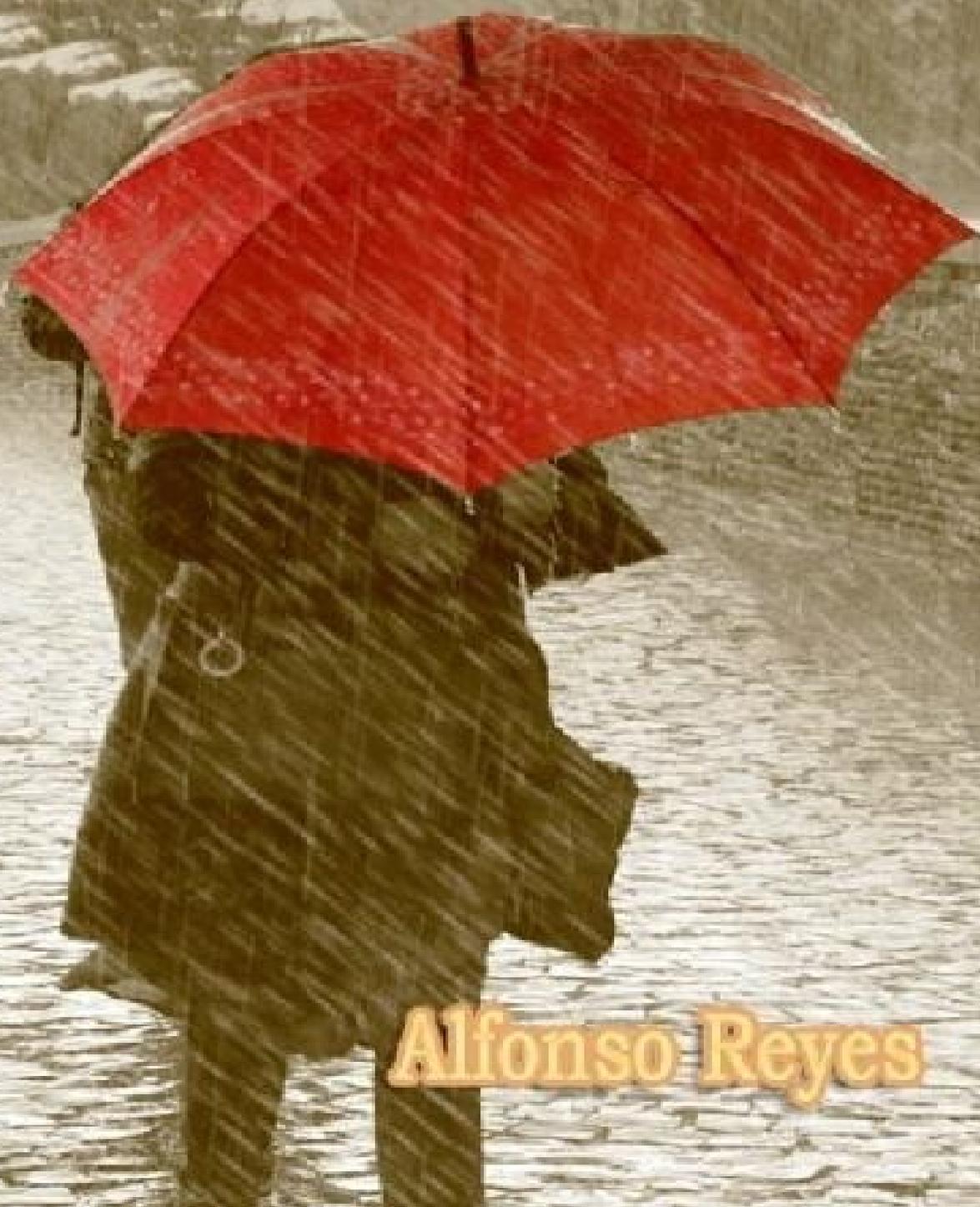


RELATOS DE AMOR
PARA JUEVES CON LLUVIA



Alfonso Reyes

**RELATOS DE AMOR
PARA
JUEVES CON LLUVIA**

Alfonso Reyes

Todos los derechos reservados.
Este libro no se podrá se reproducido,
ni total ni parcialmente sin consentimiento del autor.

© Alfonso Reyes

Relatos de amor para jueves con lluvia 1ª edición

© Alfonso Reyes -Mayo 2018

Diseño de portada: Museo de las Ideas

Web:alfonsoreyes10.wixsite.com/misitio

ÍNDICE

[EL FAVOR](#)

[RECETA GASTRONOMICA](#)

[VISTETE DE VERSACE](#)

[UN DIA DE CLASE](#)

[AMOR MESSENGER](#)

[ODIO](#)

[LA EXTRANJERA](#)

[DESEOS´PUB](#)

[LA PECERA](#)

[LA PALESTRA DE UN ENAMORADO](#)

[SOLO UN SUSTO](#)

[ENGAÑADA](#)

[LA PROMESA](#)

EL FAVOR

–Me tienes que hacer un favor – le susurró Nico al oído, la balada italiana sonando en el compact disc., sus manos en la cintura de ella posadas como dos palomas, el alcohol ardiendo en la venas de ambos y en las mismas venas, suelto el caballo de la pasión.

Humberto Tozzi cantaba en el Cedé:

*Yo caminaré
tú me seguirás
beberemos del amor
bajo el mismo cielo...*

Lucía había preparado la velada para eso, para terminar bailando románticos temas interpretados por artistas italianos que cantaban en español, y terminar los dos envueltos en la tierna piel del beso, paseando por el palacio de la pasión. Y retener, varias horas más, a Nico, que últimamente salía a la carrera, disparado como gato cuando ve la puerta abierta. “Me esperan, es muy importante”, alegaba, mientras se vestía con la rapidez del que huye, y le dejaba en la boca el último beso y en el aire “un te quiero” que apenas si se sostenía por la poca convicción con que lo decía. Del pub Charlot, del que Nico era dueño, también salía disparado, como si sufriera una urgencia, dejando sola a la camarera tras la barra o a Lucía en una de la mesas, tomando algo. Al rato, se presentaba más tranquilo, más contento, más feliz.

El amante hace todo para que se fascine el amado, para que se sorprenda como niño en su cumpleaños; cuando en verdad, es el amante el que se fascina, el que así mismo se deslumbra con la intención de deslumbrar a la persona que ama. El amante, goza mucho más cuando regala algo a su amado que cuando lo recibe.

–¿Un favor? –preguntó Lucía, y sonrió placenteramente.

–Sí, un favor –repitió Nico de nuevo, y en las palabras no perdió susurro –.Sabré recompensártelo.

Lucía no se imaginaba qué favor le estaba pidiendo.

El amante, una y mil veces, sueña y ensueña las palabras que le gustaría oír de la boca del amado, pero que éste casi nunca dice. Palabras que, como pan o como leche, alimentan el alma y el corazón del amante, que vive de eso, de palabras de amor. Palabras no de cualquier boca, sino de la de su amado. Esa boca en la que besa, en la que bebe, en la que lo da todo, de la que lo espera todo. Todo menos la traición, pues es lo que más daño hace a un amante. Eso, llega a transformarle por entero.

Lucía ensoñaba que Nico, al abrazarlo en la puerta de su casa, le dijera: “Me moría de ganas por verte. Ahora que te veo, siento panales de miel en el pecho. Te quiero mucho”. Y palabras así, cargadas de la ternura de los enamorados, pero el saludo del chico, al llegar, era de lo más escueto, de lo más sencillo.

–¡Hola! ¿Cómo estás?

Y pasaba para el salón, como hacía siempre que venía a casa de ella. Por el pasillo dejaba un rastro de perfume masculino, a tabaco, a café. Un aroma que, si Lucía pudiese, lo retendría siempre en la atmósfera de su hogar, de esa manera le parecía que su amado estaba siempre en casa, esperándole cuando ella regresara de la emisora de radio donde trabajaba desde hacía varios años.

Nico era alto, delgado, con un cuerpo esculpido de juventud y una piel morena que le potenciaba la sensualidad. Sus cabellos, rizados y negros como la andrina, le caían en cascada sobre los hombros, aportándole más guapura y sensualidad. Acababa de cumplir los veintitrés años, pero era de esas personas que conservaban mucho aspecto de adolescente, como si el paso del tiempo no lograra envejecerle, como si la guadaña de los años no consiguiera segarle juventud al rostro.

Lucía ya no era una niña, acaba de cumplir los treinta, pero hacía una bonita pareja con aquel apuesto joven, dueño del pub Charlot, con tremendo aspecto de vividor y, cómo no, de golfillo. Porque un poco macarra, Nico sí lo era.

El negocio hostelero se lo había puesto su padre. Mejor dicho: le había avalado en el banco para que le dejase el dinero necesario para abrir el negocio. Quiso hacer algo bonito, bonito y gigante, y eso disparó la cifra de los dineros. A su padre, Nico le prometió pagar hasta la última letra. Su padre le advirtió que había avalado con el piso donde vivían. Si no cubría la deuda, adiós al piso, el banco se quedaría con él.

Como ya he dicho, Lucía tenía treinta abriles, pero aparentaba muchos menos. En ese caso era exactamente como Nico: el tiempo parecía no pasarle factura en el aspecto físico, la afilada guadaña de los años no conseguía segarle juventud. Era alta, esbelta, y, sin luchar mucho por ello ni apegarse a férreas dietas ni a

sufridas horas de gimnasio, podía presumir de un cuerpo delgado y bonito, moldeado a la perfección, cuerpo que lucía cualquier ropa, aunque ésta fuese un trapo. Hasta un mandil, le lucía en el cuerpo.

Se había enamorado de Nico desde el primer día que lo vio en el pub, mientras le servía el café que había pedido.

Era la segunda vez que el amor la invitaba a pasear en su delicioso jardín de ternuras, de deseo, de pasión, de sueños y besos. Contaba con quince años cuando fue invitada por primera vez al jardín del amor. De dicho jardín, Lucía se sintió expulsada, apenas si había entrado y dado un paseo por él, se vio obligada a salir, dejando en él lo que le parecía la cosa más bella del mundo, ésa cosa por la que una, al echar cuentas de la vida, confiesa que, sólo por ese tiempo, ha merecido la pena vivir.

“Dame hijos o me muero”, clamó Raquel al patriarca Jacob, en el bíblico libro del Génesis. Y lo dijo con el desgarró de una mujer que no se sentía mujer si no engendraba a un hijo, sino lo sentía en sus entrañas. Y en la boca de los amantes, brotan palabras con el mismo desgarró y desespero que la bíblica Raquel. “Ámame o me muero”. ¿Por qué? Porque un amante no siente el corazón sino ama, sino –aunque sea mentira –se siente amado. Es el amor su vida; y su muerte, el amor es.

De la mano de un rubito llamado David, en un verano de plena adolescencia, Lucía paseó por el jardín del amor. David tenía dieciocho años y le pareció el chico más guapo del mundo. Para ella, lo era. Con él vivió su tierra prometida, sintió la primavera en pleno invierno y bebió la dulce fruta de los enamorados. De dicho jardín se vio expulsada, no porque David la olvidase o se fuese con otra, sino por que su vida, la de David, fue cortada de repente. Una tarde, como otras tantas tardes de agosto, quedó de buscarla con la moto. Era prudente conduciendo, no jugaba ni hacía tonterías, sabía que conducir era algo serio. Un coche, que iba ligero de velocidad, se saltó el Stop, llevándose por delante a David y a la moto. En mitad de la carretera quedó tendido el cadáver y la moto partida en dos. Y partido en dos también, el corazón de Lucía.

Desde entonces, se cerró al amor. No creía en él. Todo le parecía un espejismo. Falso. Un puro y duro espejismo. Sentía como que en sus manos le habían puesto un caramelo, que ella no había pedido, y de repente se lo quitaban. Con violencia se lo quitaban. Le dolió. El amor le dolió como una infectada herida. El espejo de su ilusión, hecho añicos. Su corazón, hecho jirones. Se consagró a su carrera de periodista y terminó de locutora en una prestigiosa emisora de la ciudad.

Cuando nada esperaba del amor, cuando ya ni se acordaba del verbo amar, éste la invitó de nuevo a su delicioso jardín, a ese paseo por la ternura, por el beso, por la delicia. Entró de la mano de Nico. Volvía a vivir la dicha del gozo. Deseaba estar con él. Hablar y hablar hasta quedarse sin saliva; pasear, cogidos de la mano, horas y horas; habitar la piel del beso. Desnudarle, vestirlo, como hacía con los muñecos cuando era niña. Amarse ambos hasta caer rendidos. Esperaba con él un futuro. Un hogar. Una familia.

En su casa, había preparado la velada para eso, para bailar románticos temas, después de picar algo de comida y beber una botella de vino. Con el vino, hablar de ellos, del futuro, de los planes venideros. Tras el vino, una copa, o dos, o tres. La luz, tenue, proyectando intimidad en el salón. Los cuerpos, juntos, bailando, rozándose, sintiéndose. Pasear por el palacio del beso, de la acaricia, de la fantasía erótica...

Se había puesto guapa para la ocasión. Lucía un vestido rojo que le quedaba como una segunda piel en el cuerpo. Las sandalias, a juego con el vestido. La lencería, de raso, francesa, cara, muy cara, sugerente, cargada de seducción. Se había planchado el pelo y se había perfumado con un perfume de Chanel.

Humberto Tozzi cantaba:

*Tú
por aquí, por allá
el amor servido y tú,
dime si, si te va,
mi camastro es fuerte y tú,
vista desde cerca tú,
eres mucho mejor...*

–¿Qué favor tengo que hacerte? –preguntó ella, mientras bailaban la canción de Tozzi.

–Ir a la casa de Balcells.

Lucía paró el baile. En seco, como un frenazo repentino, Lucía paró el baile. En la cadena musical, el artista italiano seguía cantando la balada, pero lucía se detuvo como si el tema hubiera acabado.

–¿De Balcells? ¿De Balcells, dices? –arqueó las cejas sorprendidamente, dejando en el tono que no le gustaba aquel señor ni aquel asunto. – ¿Y para qué tengo que ir a casa de ese señor que me cae como un tiro?

Nico la apretó contra sí y continuó el baile. La besó en el cuello. Un beso

húmedo, dulce, cargado de pasión. Un beso como una palabra rebosante de ternura.

*Tú,
no serás tal vez tú,
una pizca de jabón,
que te deslizarás,
dime que hace tiempo ya,
necesitas de mí,
que respiras con mi voz...*

–Me va a dar un dinero, un dinero que necesito. Ya sabes...el pub no va bien, se está torciendo, ya debo una letra del préstamo, no quisiera entrar en el débito de una segunda. A la tercera sin pagar, mis viejos se van a la calle. ¡Joder, eso es terrible!

Por nada del mundo, Lucía había preparado aquella velada para hablar de problemas económicos, problemas que eran propiedad de Nico. Lo había preparado todo para disfrutar, pasarlo bien, estar con Nico mucho tiempo y, por supuesto, follar, follar a discreción. No era una velada para hablar de préstamos avalados con una vivienda, de letras que no se podían pagar y la vivienda peligraba. No. Veía una pérdida que aquella música tan romántica, tan tierna, tan bien interpretada se perdiera por la gatera de una conversación económica, de deudas con el banco, de pisos hipotecados y de hostias benditas. Aquella música era para besar, acariciar, mirarse a los ojos fijamente y decirse: “Te quiero, te amo, estoy muy a gusto contigo, no me hallo ya sin ti, contigo me siento yo, no tengo que fingir nada”.

Le adolecía. Esa era la palabra más correcta. Le adolecía que todo lo terminara asumiendo aquella conversación de deudas, negocios que se tuercen, impagos y pisos que podían perderse. No se había arreglado como una princesa para eso, no se había puesto lencería francesa, de raso y muy sugerente, para hablar de deudas bancarias, de préstamos impagados y de tipos extraños que le iban a dar dinero. Que le dieran dinero, eso también era extraño. Puestos a decir, más extraño que el tipo. Nadie va regalando miles de euros por el mundo adelante.

Nico buscó sus labios, pero Lucía los apartó. El temor de que todo se fuese al garete, culpa del tema que había salido, la volvía quisquillosa y desconfiada. Se sentía como una niña que ilusionada se muda para ir al cine, pero suspenden la película.

A Balcells, Lucía lo tenía conocido. Lo había visto algunas veces en el Charlot, tomando whisky caro y acompañado de dos tipos que cantaban a sus

guardaespaldas. La miraba con deseo. Eso, a ella le repateaba las tripas. Balcells podría ser su padre. Era alto, fornido, con barba y sombrero de ala ancha. Era una fotografía de lo que era: un mafioso. Su mano, como la del Poder, era larga. Socorría deudas jodidas, como la que ahora decía tener Nico, pero a cambio pedía favores o altos intereses por el dinero prestado. En verdad, los socorridos pocos favores podían hacer a un tipo tan poderoso, por lo que la mayoría pagaban intereses por el préstamo. Dos veces la deuda, podría decirse. En caso de que la deuda no se pagara, la violencia de los hombres de Balcells se haría manifiesta. Pero eran negocios, y en esos negocios quería entrar su pareja.

Se apiadó de él, salió en su ayuda. Todo la velada se iba a joder de pleno, todo se iba a ir río abajo, pero no quería dejarlo estancado, no quería que pagara dos veces la deuda. Ella podía socorrerle.

–Te dejo yo el dinero, no te enrolles con ese tipo, no es sano. Ya me pagarás cuando las cosas vayan mejor.

Ahora, quien paró el baile fue Nico. La miró a los ojos con una mirada que la sentenciaba.

–Mis problemas son míos, no tienes por que solventarlos tú.

–Te ofrezco ayuda, no te solvento nada –elevó la voz. Un nivel más, y ya sería grito. Todo empezaba a joderse. Ponerse aquella lencería para terminar en una disputa. Hay días que no salen las cosas –.Te dejo el dinero, sin intereses. Ese tipo te sangrará, tú lo sabes. Te chupara la sangre, lo conoces mejor que yo, Nico.

–No habrá intereses –alegó Nico, elevando la voz también –. Habrá un favor.

Todo se iba al garete.

Vestida, arreglada, perfumada, lencería sugerente. ¿Para qué? Para nada. La voz de ambos ya rozaba el grito. El grito surge cuando dos personas no se entienden o no se quieren oír, porque una gruesa pared de indiferencia o de incompreensión se ha levantado entre ambos. Se dice que contra más se grite la gente, menos se oye. Y en aquel momento, Lucía y Nico, ni se entendían ni se querían oír. El orgullo de ambos salía a flote y tomaba dominio. La pared se había levantado. Podrían decirse mil palabras, pero ni una llegaría al entendimiento.

–¿Qué favor? –preguntó Lucía, ablandando la voz todo lo que pudo, tratando de ser tierna –. ¿Qué favor habrá?

Nico se pasó la lengua por los labios, como para humedecer las palabras que iba a decir.

–Un favor que yo le haré, sin más. El que me tienes que hacer tú es ir a su casa a por el dinero. Del otro, ya me encargo yo.

La pareja ya no bailaba. En la cadena musical, Pupo, con su voz aniñada,

decía:

*“Sí o no,
no pienses, decídete.
Sí o no,
sin freno ni límite.
Sí o no,
cerrando los ojos te pido que sí.
Sí o no,
la gente hace apuestas por ti, por mí,
y espera respuesta, sí...”*

Un bonito tema, pero ya no bailaban.

–¿Y por qué no te trae la pasta al pub? –expuso ella –. Muchas veces viene a tomar café. Podría traértelo.

Nico la miró con cierta recriminación.

–No va a ir con el dinero por ahí, ni es ético que me lo de el pub. Además, ellos lo tienen montado así, se va a su casa, te lo entregan, y punto.

Y punto, pensó Lucía. A aquella velada había que ponerle punto. Punto y final. El cuerpo ya no estaba tan ardiente como al principio, ni los sentidos tan abiertos a las sensaciones. Todo lo había jodido aquella conversación de deudas, negocios que se tuercen, pisos hipotecados y mafiosos que dan dinero.

Pupo cantaba:

*“Si quieres
te llevo conmigo
al campo de trigo
que crece muy dentro de mí.
Si quieres te enseño
la fuente del sueño
que está enamorada de ti”.*

Era una canción preciosa, sumamente romántica, tierna, dulce, pero por la situación y el ambiente que reinaba ya, terminaba rayándole los oídos. Ç

Con un violento golpe, Lucía paró el compact disc.

No le costó dar con la casa de Balcells. Era una chalet a las afueras, rodeado de un jardín excesivamente mimado y luciendo caras estatuas y preciosos dálmatas. A Lucía, siempre le gustaron los dálmatas. Pensaba que en cuanto viviera con Nico, tendría uno de aquellos perros. Le llamaría Sansón, como el

héroe bíblico.

Llamó al timbre.

Alguien salió a recibirle. Tras la espalda de ese alguien entró en un salón decorado de muebles antiguos, porcelanas carísimas y un derroche de lujo.

En un confortable sillón, sentado y con una panzuda copa en la mano, estaba Balcells. Vestía de traje, zapatos alborotados de brillo y su sombrero panamá. Le pareció más corpulento y viejo que otras noches en el pub. También, más cabrón.

Alegremente sonrió al verla entrar. La miró como quien mira un regalo recibido, un regalo esperado, pedido.

–¡Buenas tardes, señorita! –saludó cuando ella llegó a su altura, poniéndose de pie y descubriéndose la cabeza de su panamá.

A Lucía, aparte de ridícula aquella gentileza moda del siglo XIX, le resultaba un teatro impresionante por parte del señor Balcells. Todo le dio repugnancia: la gentileza hecha, el teatro y el señor Balcells. Todo.

Balcells, tras pedir al sirviente que los dejaran solos, se volvió a poner el sombrero y se sentó.

–¿Una copa? –ofreció el anfitrión, con una amabilidad postiza como un maquillaje –.Seguro que te sentará bien. Una copa siempre entona.

–No, gracias –tensamente respondió Lucía.

–Relájate, siéntete como en tu casa –le dijo el anfitrión con la mejor de sus sonrisas –. Así no vamos a llegar a ninguna parte.

Ella no estaba en su casa ni quería llegar a ninguna parte, estaba allí para coger un dinero, un dinero que le prestaba a su pareja y que éste pagaría con más sangre que sudor. Todo por su jodido orgullo. Ella se lo podía haber dejado, pero Nico no quiso.

La verdad, es que Lucía no sabía la verdad. La verdad, es que todo era una mentira.

Seguía de pie ante el hombre, en la actitud de quien espera algo, algo que él tendría que darle. Balcells seguía sentado, mirándola de arriba abajo, lamiéndola con la mirada, en la actitud de quien espera algo, algo que ella tendría que hacer.

–Me da el dinero para Nico –soltó ella como quien suelta un disparo –.Sólo vengo a por el dinero. Tengo prisa. La verdad, tengo mucho que hacer.

Balcells escupió una risotada infame, burlona, como si lo que ella había dicho fuese un chiste, un chiste cargado de sal y gracia.

–¿Qué dinero? –abrió los brazos al decirlo.

Lucía le miró extrañada, aquello comenzaba a sonar a tontería o ha una encerrona.

–El dinero que le tiene que prestar a mi novio.

Otra carcajada, infame y burlona, brotó de la boca del mafioso. Parecía jugar con ella al gato y al ratón.

–¿O te haces la tonta, cariño, o tu novio te ha informado mal? –insinuó Balcells, y sorbió de la panzuda copa, un trago largo y pausado, disfrutando cada gota de licor.

Se miraron tensamente. Hubo silencio unos segundos.

–Yo no tengo que darte nada a ti, eres tú quien me tiene que dar algo mí – aclaró el anfitrión, tras chascar la lengua.

Lucía no abrió la boca. Lo seguía mirando fijamente.

–Nico me debe dinero, mucho dinero, pero no solamente por causas del pub, sino de su nariz. ¿Entiendes, verdad?

¿De la nariz? Se preguntaba Lucía en su mente. ¿Acaso Nico es drogadicto? ¿De la nariz?

Balcells pareció leer sus pensamientos.

–¿No me digas que no sabes que tu novio se droga?

Lucía abrió los ojos como hojas de ventana. La mente le patinaba ante el resbaloso barro de aquella información.

–¿O le amas tanto que estás ciega o él es muy hábil para engañarte? –soltó el anfitrión aquella verdad de peso pesado, una verdad que, como daga, le entraba hasta el mismo corazón.

Le amaba hasta el nivel de no ver lo que sucedía fuera de sus sentimientos y de su mente. Vivía dentro de una burbuja de fantasioso amor. Lo veía perfecto. Nico era el hombre perfecto. Guapo, bien hecho, atrevido, simpático, gracioso, excelente amante en la cama, atento, seguro de sí mismo, cuidador de su pareja. Perfecto.

Ante la pregunta, Lucía nada respondió. Comenzaba a entender las urgencias de su novio, sus escapadas, sus prisas, sus ganas de desaparecer pronto del lado de ella. Sus vueltas. Más calmado, más centrado en sí mismo, más atento al negocio o a ella misma. Sus vueltas. Más comprensible, más tierno, más dulcificado.

¡Puto amor! ¡Puto Nico! Pensó dentro de sí.

El negocio del pub iba bien, pero el dinero se perdía por la cañería de su tabique nasal. No llegaba para la letra del préstamo. ¿Cómo iba a llegar? Si aquel dinero era para que la coca llegara a su cerebro.

O para el préstamo o para su nariz.

Nico prefirió lo segundo.

Balcells volvió a beber de su panzuda copa, otro trago largo y pausado.

–Tu niño me debe dinero, mucho dinero –tocándose el ala de su sombrero, le volvió a recordar –.Me coge droga y no la paga. Y me debe mucha pasta. Dice

que no puede pagar, que no tiene. Bien. A quien no me paga suelo romperle la espalda, pero a Nico le hice una oferta. En el fondo, el chaval me cae bien.

Lucía pensó si alguien podría caerle bien al señor Balcells. Le daba que no tenía ni sentimientos ni piedad para sentir algo bueno por los demás.

Mientras Lucía andaba en esas cábalas, el anfitrión repitió trago de su panzuda copa.

–Eres muy bonita – Balcells soltó una flor, pero a los oídos de ella sonó como un disparo –.El hijo de puta de Nico es un privilegiado con tenerte, y para colmo, enamorada como una colegiala de él.

Eso es lo que se sintió en aquel momento: una colegiala que alumnos mayores que ella le habían engañado en pleno recreo.

–Desnúdate –le ordenó el anfitrión.

En el resbaloso barro de aquella orden, de aquella palabra, su mente volvía a patinar.

–¿Qué me desnude? –balbuceó en un hilo de voz.

Comenzaba a comprender toda la película. Recordaba las palabras dichas por Nico en su oído, mientras agarraba su cintura y Humberto Tozzi sonaba en el compact disc.

“Me tienes que hacer un favor”.

Ese era el favor: ser el cheque que pagara todo el consumo de su nariz, consumo que Nico debía a Balcells.

Ante las palabras de ella, el mafioso preguntó con cierto enojo y desagrado:

–¿No me digas que no sabías a qué venías aquí?

No, no lo sabía. Vino engañada.

–Vamos, desnúdate –elevó la voz.

Por inercia, trató de huir. Balcells le echó la zarpa con agresividad, como león que atrapa a su presa. Con violencia le rasgó el vestido. En el forcejeo, a tortazos le cruzó la cara. Lucía sangró por la nariz.

Lloraba amargamente.

–¡Hijo de puta, suéltame! –ordenó.

–¡Calla! –le gritó él.

–Por favor... –suplicaba.

La volvió a golpear con la mano en la cara.

–Me pagarás lo que me debe ese cabrón, ése era el trato que hicimos –le recordó el mafioso, como si ella supiera algo del negocio –.O le partía la espalda o me pagaba contigo, esa fue mi oferta.

Pasó lo que tenía que pasar.

Una vileza, sí, una vileza.

–Si mi hija tuviese un novio como el tuyo –le dijo Balcells, mientras ella se

recomponía la figura y el roto vestido —. Le mataría de un tiro.

Cuando salió de la casa de Balcells y tomó rumbo a la suya, pensaba más en Nico que en su agresor. ¿Cómo podía ser tan cerdo? ¿Cómo podía haberla usado de esa manera? ¿Qué era ella para él? ¿El cheque que pagaría el consumo de sus vicios?

Comenzó a odiarle.

El amor por él se le borró de un plumazo. Cuando el amor se transforma en odio, se le llama aborrecimiento. Lo aborreció en un instante. No podía perdonarle. El amado nunca perdona la traición del amante. Esa es la debilidad insuperable, la pared imposible de saltar.

En el mercado negro, Lucía compró una pistola.

A las doce de la mañana, cuando Nico abría el pub, ella se presentó. No había clientes todavía, él preparaba la cafetera.

—¡Hola, cariño! —le dijo él al verla entrar, y se lo dijo así, con desparpajo y aparente ternura.

A su altura, desde el otro lado de la barra, le apuntó y le disparó en plena frente.

Antes de apretar el gatillo, dijo:

—Fue el consejo que me dio tu amigo Balcells.

RECETA GASTRONOMICA

Fue en los días en los que estudiaba para cocinero cuando Lucas, el maestro de cocina del curso, nos enseñó la receta de cómo preparar un gato y darlo por conejo.

No pienses ustedes que Lucas, en el curso de cocina, nos enseñaba a preparar incomedibles animales y luego a darlos por ternera, pollo o buey, sino que aquello del gato vino de pasada y no recuerdo a santo de qué, el caso es que la receta se grabó en los pliegues de mi memoria.

Lucas era un tipo cachas y de rostro bonito, de los que podrían decir: *“La cara me duele de ser tan guapo”*. Además, tenía chulería y un deportivo, descapotable, que arañaba el betún de la carretera, por lo que se comentaba que muchas de las chicas del curso se iban en suspiros por él. *“Se cocían por dentro”*, dicho con expresión culinaria.

Dijo que tras tener al gato, había que ahogarlo en un recipiente con agua. Nada de cuchilladas como a los cerdos o de cabeza cortada como a las aves. Luego, ya ahogado, como si de un conejo se tratara, había que cortarle la cabeza y el rabo, vaciarle de vísceras y despellejarlo por completo.

–Igualito, igualito que a un conejo –nos decía Lucas, haciendo sus rutinarios gestos con los brazos, y toda la clase, pensando en el felino animal, hacíamos muecas de asco con la cara.

Luego, una vez desviscerado y despellejado el minino, había que meterlo en otro recipiente, con mucho vinagre, veinticuatro horas o alguna más, para que la carne perdiera la hediondez que se gasta y las babas blancas que suelta.

–Veinticuatro horas en vinagre, mínimo –repetía, y lo repetía como si de un estofado de ternera se tratara, y nuestra cara de nuevo era una fotocopia del asco.

Tras las horas dichas en remojo, y a la hora de prepararlo, había que cortar cebolla, tomate y pimiento en rodajas grandes.

–No os cortéis los dedos –, decía, y hacía aspavientos con manos y dedos –, a la hora de hacer rodajas con las hortalizas dichas. Grandes, siempre grandes.

Con el tomate, la cebolla, el pimiento y una buen ramito de perejil. Luego, se cortaba el gato en trocitos pequeños, se salaba bastante y se pasaba por harina.

–Por harina, nenes, por harina –decía Lucas, y se llevaba las manos a su cuidada cintura –.Pásenlo bien por harina.

Una vez bien salado y pasado por harina, se sofreía a fuego lento.

–Fuego lento, ¿me oyeron? Fuego lento –extendía los brazos al decirlo –.No

pongan los fogones como si fuera las calderas del infierno, sino fuego lento, muy lento. Contra más lento, mejor.

En una sartén aparte, friéramos la cebolla, el pimiento y echáramos un ajo, y retiráramos la sartén antes de que la cebolla se dorase.

–No dejen que la cebolla se les vuelva carbón –nos miraba a los ojos –, porque entonces no la habremos freído sino que la habremos cagado. ¿Oyeron, mis nenes?

Una vez frita la cebolla, el pimiento y el ajo, lo colocábamos todo en una olla y añadíamos las tajadas fritas a fuego lento. Una vez puestas las tajadas del felino, poníamos las rajadas de tomate, el ramito de perejil y medio vaso de vino blanco.

–Medio vaso de vino blanco, ¿oyeron? –al decirlo, Lucas daba una palmada al aire, como para que no perdiéramos la atención prestada –.Es para dar sabor al guiso, no para emborrachar al aparente conejo. Medio vaso solamente.

Puesto todo en la olla, había que dejarlo cocer a fuego lento durante un rato. Treinta minutos, más o menos.

–Colocarlo en una fuente con mucha presentación. ¿Oyeron? Mucha presentación, ya sabéis que cualquier plato se come antes con los ojos que con la boca. Y hay que tener muy, pero que muy fino el paladar para saber que las tajadas son de gato y no de conejo. Juro que si los hacéis algún día, vuestros comensales se chuparán los dedos.

Termina la felina receta, toda la clase, a una sola voz, dijimos: “¡Puaaaag, qué asco!”. Y a todos nos entró una pequeña duda si lo que habíamos comido de la mano de Lucas era lo que decía o era cualquier otra cosa: gato, rana, murciélago...

Un año después de que el *cachas* de Lucas me enseñara cómo preparar al depredador del ratón y pasarlo por un succulento conejo, trabajaba en la cocina de un pequeño restaurante que, gracias a mis guisos –juro por mí mismo que nunca hice gato –, la clientela aumentó considerablemente. Y fue en aquellos días cuando Susi, la vecinita del piso de al lado, por la que yo me desangraba en amores desde hacía años, me presentó a su mascota: un siamés de pelo blanco, ojos azules y gordo hasta tener sebo.

Sin exagerar: una postal de gato.

–Se llama *Bola* –hizo la presentación en el rellano de la escalera, mientras lo sujetaba en su regazo y lo bañaba de mimosas caricias –.Es un regalo de mi novio.

–¡Qué bien, Susi! – exclamé, aparentado interés por el gato y por su novio.

Susi era muy guapa, y por eso que se llama amor, a mí me había entrado hasta

los hígados del alma. Salir con ella: un sueño. Besar sus labios: otro sueño.

Un día le declaré mi sentimiento, pero me vio tan poquita cosa para su merced, que pasó olímpicamente de mí.

–Si yo fuera tu novio –alegué con cierto resabio y una sonrisa de pistolero malvado –, también te regalaría gatos siameses.

–¡No digas tonterías, Alfredo! –hizo pucheritos con el morro.

La tontería dicha no era lo del gato, sino lo de ser su novio.

De vez en cuando, *Bola* se escapaba del piso de su guapa dueña y entraba por el balcón de mi cocina. Con el fin de verla, se lo llevaba personalmente.

–¡Gracias, Alfredo! –decía con una voz que se iba en mimos –.No sé qué haría si me faltara *Bola*.

Por esas cosas tan personales que se gasta la vida, y que suelen ocurrir sólo una vez en la vida, una noche, saliendo de la cocina del restaurante para preguntar a una pareja de clientes qué le había parecido la ternera con setas que les había preparado, pude ver en el mostrador a Susi y a su novio, el que le regalaba gatos siameses. Para más cruz y más clavos de mi pobre corazón, resultaba que era Lucas, el maestro de cocina del curso que yo había hecho.

Como otra no me quedaba, fui y saludé a la pareja.

Lucas, al verme allí, al frente de la cocina, se fue en alegrías, gozo y regocijo. Se deshizo en alabanzas hacia mi persona, y borracho de euforia, dijo a su novia que cualquier día se presentaban a cenar, que se moría de ganas por probar uno de mis guisos.

Susi aceptó con agrado, regalándole una sonrisa que ya la quisiera yo para mí.

–¿Qué queréis que os prepare? –pregunté, haciendo de tripas corazón –.Tengo una extensa carta.

–Lo dejamos a tu gusto, *Alfredito* –respondió Lucas, con su habitual prepotencia, y buscó la complicidad del bellezón de Susi.

–Sí, Alfredo, lo que tú quieras –dijo ella, con su voz borracha de mimos, y le besó en los labios. Un beso que yo había soñado para mí muchas veces.

–De acuerdo, lo que yo quiera –respondí, mientras por mi mente pasaba un pensamiento digno de condenación y sonriendo con la fría risa de la venganza.

La cena sería un sábado a las diez de la noche, por lo que un día antes comencé con los preparativos.

Llegada la hora, sentados ya en la mesa que habían reservado, Lucas preguntó qué les había preparado.

–De primero, un arroz con cangrejos de río –respondí. Se miraron y sonrieron, aprobando el gusto del plato –.De segundo, un conejito a la cazuela, especialidad de la casa, acompañado con una ensalada de lomos de bonito y rodajas de tomate de huerta. Si os parece bien, lo regaremos todo con un *Rioja Crianza*. Y de

postre, tarta de yema.

Hicieron un gesto con la boca, el propio de cuando se desea empezar el menú.

Desde cocina, con la puerta entreabierta, podía observar a la parejita, que se daban a los platos con sumo gusto. Masticaban y saboreaban cada bocado con deleite.

Yo sonreía con risa helada.

Una vez terminada la cena, la parejita se levantó para pagar, así que salí de la cocina para despedirme de ambos. Los dos fueron un río de alabanzas sobre mi acierto en la cocina y en los platos.

No fui manco en lisonjas y, apuntando para Lucas, añadí que de tal maestro, tal alumno.

Lucas sonrió con más vanidad que agradecimiento.

Pagaron, dejaron una generosa propina y prometieron volver en otra ocasión.

Al día siguiente de la cena, en el rellano de la escalera, Susi me preguntó si había visto a *Bola*. Faltaba de casa desde el jueves por la noche.

VISTETE DE VERSACE

Sonia tiene los ojos color verde marihuana y la sonrisa dulce como un terrón de azúcar. Cuando le digo ‘Te quiero’, la mirada se le aniña y su sonrisa se dulcifica todavía más.

Un ángel.

Cuando se lo dije al Gominolas, lo de atracar la Caja de Ahorros del pueblo, me miró con una alegría inexplicable, como si le hubiese dicho que le iba a regalar el cielo y ya no tendría problemas de por vida.

Estábamos en el bar de Toño. Bebíamos en silencio un cubata y las agujas del reloj se abrían hasta las dos de la madrugada.

Toño, forofo de boleros y canciones melódicas, a esas horas –mejor dicho: a esas deshoras –, pinchó un cedé cargado de boleros y canciones románticas hasta la herida y el beso. Y mientras el Gominolas y yo hablábamos de lo del atraco, sonó un tema de Antonio Machín:

*“Pintor que pintas iglesias,
píntame angelitos negros,
que también se van a cielo,
todos los negritos buenos...”*

–¿Y eso? –preguntó el Gominolas, con su cara de bonachón y sin perder alegría inexplicable en los ojos.

–Tengo una corazonada: nos saldrá todo bien. Un montón de pasta para nosotros, ¡y a tomar por el culo la vida, que nos está dando por el culo!

Sonrió con agrado, como quien oye lo que desea oír.

Tanto su futuro como el mío, más negro que los ángeles que cantaba Machín. El látigo de la crisis surcándonos las espaldas, y la vida seguía para adelante, sin condolerse de nuestros sentimientos, que tenían clavados todos los pinchos de la desdicha. El cepillo de púas de la desventura, arrascando nuestra espalda.

*“Aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.”*

Por la tarde, en el café de Alberto, Sonia y yo habíamos discutido por nuestro

futuro como pareja, un futuro no tan negro como los ángeles de Machín, pero... sin mucho ángel.

Una discusión en voz baja, sí, pero con sentimiento alto y herido.

–Nos queremos, es verdad, pero necesitamos dinero para vivir de forma independiente –dijo Sonia, y parecía que la frase la cortaba con los dientes en tanto la hablaba –.Y tú no estás por la labor, *Jose*. No quieres trabajar.

Me enojé. Me enfadé hasta la ira. No grité, pero también partía las palabras con los dientes. Un crujir de dientes y palabras como quien tritura cáscaras de avellanas. “Crafff”.

–Busco trabajo, Sonia de mi alma, pero para cada puesto que me sale piden idiomas, títulos universitarios, buena presencia, masters, experiencia... ¡Hostias en vinagre! A más de tres ya les he dicho si lo qué quieren es a un obrero para que curre o a un David Bisbal para contemplarlo. Porque eso de buena presencia... ¡Manda dos pares de cojones! A ver si para dispensar gasolina, por ejemplo, se necesita a un Antonio Banderas; o para repartir fruta, por ejemplo, se necesita a un Mario Casas. ¡Hostiaaaa!

–Tranquilízate, *Jose*, tranquilízate, estamos hablando.

No, no hablábamos. Discutíamos.

Yo, como quien dispara balines, exponiendo mi defensa.

–...Pero si anteayer había un puesto de barrendero; me presento, y me piden títulos académicos o universitarios o, por lo menos, Graduado Escolar. “Tócate los cojones”, le digo al tío que me lo está diciendo, que tenía pinta de encargado lameculos. “¿Pero para barrer mierda tengo que ser ingeniero o cirujano? ¡No me jodáis! ¿Pero quién coños a puesto esas medidas?”. “Es lo qué hay”, me dijo el lameculos.

–Es lo qué hay, *Jose* –me dice ella, tras sorber del café con leche que se había pedido.

–Eso, repítete como el lameculos –le suelto, y le sienta como una bofetada –.Se un eco de la voz del lameculos.

Y como herida por la bofetada verbal, tras sorber del café con leche, me suelta en plena oreja:

–¿Y qué has hecho toda tu vida? ¿Eh? ¿Por qué no estudiaste?

No le miro, le quemo con los ojos. Mis ojos, dos tizones encendidos que le abrasan por dentro.

Lo entiende todo. Se calla.

Sí, caí en la droga, (como el Gominolas), estuve muchos años en el fango, embadurnado hasta los higadillos, pero conseguí salir. Me costo lo mío. Hiel y vinagre. Salí. Hace años que ya nada, procuro ser normal, y vivo feliz al lado de Sonia. Ella trabaja de enfermera en el Centro Médico. Le falta poco para los

treinta y cinco, y entiendo que quiera recogerse en una vida independiente, formar una familia conmigo, y un par de *churumbeles*. *Churumbel y churumbela*. Ja. Ja. Ja.

Me quiere. Yo sé que me quiere. Por eso he pensado lo de atracar la Caja de Ahorros. Un atraco no requiere títulos universitarios, sino una buena pistola y dos cojones. La pistola será de fogueo, porque otra no tenemos, pero los cojones no van a ser de fogueo, sino auténticos, como los del caballo de Santiago.

En mis tiempos de drogata atraqué varios bancos. Nunca me cogieron. En una ocasión fui detenido, pero no hubo pruebas con peso de que había sido yo. Nunca derramé sangre, atracos limpios. Un susto para los del banco, la pasta para mi bolsillo.

El Gominolas, un calco a mí, mi hermano gemelo. Otra vida con un pasado enfandangado en la mierda y un futuro más negro que esos ángeles que cantaba Machín en el bar de Toño. Reciclado de la heroína, sí, pero sin trabajo y sin novia que le pida una familia.

Cuando salimos del bar de Toño, ya eran las tres de la madrugada, y la canción que sonaba era de Albert Hammond.

*“Allá en el otro mundo,
en vez de infierno, encuentres gloria,
y una nube de tu memoria,
me borre a mí”.*

Nos pusimos de acuerdo. El Gominolas aceptaba todo lo que le iba pidiendo: nada de sangre. Nada de medias en la cara, que así parecemos más profesionales. *Los mataos*, los chapuzas, son los que se cubren la cara con pantys de Marie Claire. Nosotros somos profesionales. Con dos cojones, Gominolas, como en los viejos tiempos: impresionando, impactando, dominando la situación.

–Eso, con dos cojones, como en los viejos tiempos –dijo, y rompió en risas, en unas risas felices y gozosas.

Por la noche, antes de acostarme, por el móvil llamo a Sonia y le digo que mañana iremos de fiesta, que la invitaré a una mariscada. Hace mucho que no cenamos en restaurante.

Se ríe burlona.

“Nada de marisco congelado, fresco, de puerto de mar”. Es cuando me pregunta:

“¿Has encontrado curre?”

“Sí”.

“¿Dónde, guapo?”, pregunta con tono de incredulidad.

“En la Caja de Ahorros”.

Se ríe.

“¡Venga allá!”.

“Que sí. Me han cogido para un trabajito. Mañana te quiero vestida de Versace”.

Vuelve a reírse.

“¿De Versace?”

“Sí, de Versace”.

Se calla cuando le digo que le quiero. Que yo también deseo vivir aparte, independiente, formar una familia. *Churumbel y churumbela*.

“No te burles de mis sentimientos”, dice, suspirando.

“Te quiero, de verdad. Te quiero”, le digo, y me imagino su mirada aniñada y su dulcificada sonrisa.

Un ángel.

Cuelgo. Y preparo la mochila, la pistola de fogeo y los guantes. Va a ser un atraco profesional. Con dos cojones. Pasta a embute. Billetes hasta para limpiarme el culo. Billetes para enrulármelos en la polla. ¡Rico! ¡Rico al lado de Sonia! Que el Gominolas haga lo que quiera con su parte, que se limpie el culo con los billetes de quinientos euros, que se los gaste todo en el club La Luciérnaga. Lo que quiera. Yo gastaré la mía en comprar un piso y vivir al lado de Sonia. Feliz, muy feliz a su lado.

Son las nueve de la mañana. La Caja de Ahorros acaba de abrir sus puertas. El Gominolas aparece con una recortada, olvidándose de mi programa.

–¿Pero dónde coños vas con esa *chata*?

–Para asustar, no la usaré. *Pa* acojonar un poquito.

Le recuerdo que no quiero sangre.

–No tiene cartuchos –me dice, como quien alega en su defensa –. *Pa* impresionar, que *las chatas* impresionan la hostia.

–¡Alto, esto es un atraco! –grito nada más pisar la sucursal, con autoridad, imponiéndome, impactando. Como en los viejos tiempos.

El Gominotas tras de mí, como cubriéndome la espalda con su recortada sin cartuchos. La mochila en la mano y muriéndose de ganas por coger la pasta.

–¡Esto es un atraco! –vuelvo a gritar, y encañono a los empleados que, por el susto, sus caras se van tornando amarillas, como quien no caga bien –. ¡No hagáis tonterías, sólo queremos la pasta! ¡La pasta, y nos largamos!

–¡Nada de tocar timbres raros! –ordena el Gominolas, apuntando a sus cabezas con *la chata*–. ¡Cómo suene la alarma, os metemos un tiro a cada uno!

–¡Ya habéis oído! –corroboro lo dicho por mi colega –. Tenemos balas *pa* todos.

–Munición, como *pa* hacer una guerra –sentencia el Gominolas.

Los empleados son obedientes, obedientes como corderos, y hacen caso. Al menos eso nos parece, porque cuando nos vamos a largar con la pasta, suena la sirena del banco. Y al instante, la sirena del coche de la Guardia Civil.

Debían de andar cerca los muy cabrones.

Con la mochila en una mano y la pistola de fogueo en la otra, corro hacia la salida. El Gominolas, como una sombra, tras de mí.

Será llegar al coche, y huir a toda marcha. El coche, un punto de fuga en mitad del asfalto.

Justo al abrir la puerta que ya da a la calle, con toda la violencia de mi carrera, choco contra Sonia, que trata de entrar al interior de la Caja.

¡Puta coincidencia! ¡Mirar que entrar hoy a la sucursal! ¡Y ahora! ¡Precisamente ahora! ¡Mira si tienes horas el día!

La inercia del golpe me arrastra por el aire hasta caer en el asfalto de la calle. La mochila se me va de la mano pero la pistola no. Y quedo en el suelo, en mitad del asfalto, con la pistola empuñada, como a punto de disparar al hombre invisible, pareciendo todo lo que soy: un atracador.

–¡Jose...! –grita incrédula, extrañada, como soñando una pesadilla.

No es una pesadilla.

Y yo me quedo mudo, mirándole a los ojos, a sus ojos de color verde marihuana, sin poder decir una palabra. Me quedo bloqueado. Ni me levanto del suelo. Parapléjico en el psíquico.

El Gominolas, a mi lado, de pie, quieto y bloqueado como yo, empuñando *la chata* como si va a disparar, a quemarropa, al mundo entero.

Al igual que yo, percibe que todo se nos ha ido al garete, a la puta mierda, y la lluvia de la ruina, en breve, nos empapará hasta calarnos los huesos del alma.

¡Ay, la ruina!

En instantes aparece La Guardia Civil.

Nos apuntan con pistolas de verdad. Cargadas con balas reales, de las que matan.

–¡Tirad las armas! –grita un *caramelo de menta*, con un vozarrón de la hostia, un vozarrón de gigante de cuento de terror.

El Gominolas hace el amago de disparar. La inercia de quien se ve perdido y le da igual ocho que ochenta. En ocasiones, y para ciertas vidas, vivir o morir es una moneda con el mismo valor. Posiblemente, sea la moneda del Gominolas.

Tal vez, también la mía. Sí, también la mía. Una vida con el futuro pringado de mierda. Como el pasado ¡Todo mierda!

Los de La Benemérita no saben que mi pistola es de fogueo y que la recortada del Gominolas tiene las tripas vacías, y disparan a dar.

Y dan en el blanco.

Normal: para eso perfeccionan el tiro en la academia.

El Gominolas se dobla como una navaja y cae al suelo teñido de rojo. Y mientras recibo mi ración de metralla, recuerdo la canción de Albert Hammond.

*“Que en vez infierno,
encuentres gloria”.*

Y eso es lo que deseo al Gominolas: la gloria. Por que infierno ya ha tenido bastante. Diez años en la heroína, suman, por lo menos, tres infiernos. El desprecio y el rechazo que vino después, ya limpio, otros tres infiernos. Total: seis infiernos. ¿Para qué más?

Y me acuerdo del bolero de Machín:

*“Que también se van al cielo,
todos los negritos buenos”.*

Él tiene que ir al cielo. Era un angelito “negro”, pero bueno. Otra víctima más de este mundo de embuste y engaño, un relleno más en la lata del mundo. Masa sucia, que dicen los de arriba, los que gobiernan y ordenan el mundo.

A pesar de que el arma se me cae de la mano, los de La Benemérita siguen disparando. Se ve que quieren medalla y reconocimiento al valor. ¡Lo tendrán! Me da que mi cuerpo en lo más parecido a una regadera de carne humana: debe de salir sangre por todas las partes de mi anatomía. Puedo verla correr por el suelo, a mi lado.

Entre la tormenta de voces que oigo y la fiebre que siento dentro de mí, el rostro de Sonia aparece ante mis ojos. Está llorando como para un diluvio. Sus ojos verde marihuana, dos canales de lágrimas.

Mientras me muero, me caricia la cara, y leo en sus llorosos ojos la pregunta del por qué de ésta decisión. De mi decisión.

¡Putá vida!

¡Puto agobio!

¡Qué importa ya!

No sé si las palabras me llegan hasta la boca, pero sí al pensamiento:

“Vístete de Versace para esta noche. Nos vamos de cena, cariño. Hace mucho

que no cenábamos de restaurante. Te quiero.

Y sé que ahora su mirada no se aniñará ni se dulcificará su sonrisa.

UN DIA DE CLASE

En el patio, a la hora del recreo, unos ojos azules me sonrían. No es una sonrisa de sonrisa, es una sonrisa de las que invitan a soñar. ¡Puff...!

Y sueño.

Me sincero: hace ya días que sueño.

Me sincero aún más: Tengo escrito un cuaderno de poemas para esos ojos. La mayoría de ellos, encabezados por un verso de Bécquer:

“Por una mirada un mundo”.

La sonrisa se acerca a mí y, con una voz más dulce que una cucharada de leche condensada, me pide los apuntes de Matemáticas.

No resisto su leche condensada, se los doy.

–Me gustas como delegado de clase –dice, y vuelve a sonreírme hasta hacerme soñar –.De verdad, Pablo.

La sonrisa de ojos azules se llama Diana y hace poco se ha incorporado a clase. No es una alumna modelo pero se defiende. Una alumna de suficientes y algún notable.

Me pregunto si le gustaré.

No. No le puede gustar un tipo como yo: empollón, con orejas de soplillo, tímido, con todo el aspecto de ser un fracasado aunque hoy sea el “luces” de la clase y mañana sea, por ejemplo, juez, fiscal o algo por el estilo. En mi familia hay miembros con esa carrera. También tímidos y retraídos, como yo.

Es la hora de tecnología. La última clase de la mañana. Después, a casa a comer.

El profesor se explaya explicando los sistemas de refrigeración de un motor. Noto que la sonrisa de ojos azules mira hacia mí, que estoy a su derecha, en otra fila, varias mesas más allá.

Mientras el profesor se explica, levanto mis ojos, esperando encontrarme con los suyos, pero su mirada azul se dirige dos mesas más allá de la mía. Está mirando a Ricardo Suárez, alias Whisky. La mirada de los ojos azules no es una mirada de las que miran sino de las que acarician. ¡Puff! Me vengo abajo. Mis sentimientos, comiendo tierra como los gusanos. Vuelvo a mirar hacia mi libro, que reposa sobre la mesa.

Whisky es un alumno malísimo, de los que no se enteran de nada de lo que explica el profesor o está escrito en el libro. Colecciona los suspensos como

quien coleccionas sellos. Doy por hecho que eso no le influye, que no le importa para el día de mañana, como si su vida no tuviese que depender de los estudios, de los títulos universitarios, de las titulaciones académicas. También, doy por hecho de que en su casa no le castigan por suspender, no le recriminan por los ceros en las asignaturas. En la mía, un suspenso sería motivo de graves problemas, de duros castigos. Me hundirían en la miseria.

Es un alumno malísimo pero es alto, fuerte, bien hecho. Seguro de sí mismo, destilando 'aires' de líder, de campeón. Implantado su autoridad allá donde va, como león en la selva. Las chicas de la clase dicen que es muy guapo. Tiene el pelo en una larga melena. A mí me gustaría tener una melena tan larga como la de Whisky, (así, también, me taparía mis orejas de soplillo), pero en mi casa no me dejan. Dicen que el pelo largo es de gente golfa. En la suya, por lo que se ve, se lo permiten. El día de mañana no será juez, ni fiscal, pero hoy gasta melena, viste cómo quiere, hace lo que quiere y, sobre todo, no es tan tímido ni acomplejado como yo. Gusta a las chicas, queda con ellas, las pasea en su moto. Ellas se ríen con él, disfrutan a su lado, van de su mano. Las tiene locas.

Mientras el profesor explica y escribe en el encerado detalles de la lección, llaman a la puerta.

Es el secretario del instituto.

–Don Ismael... salga un momento, le llaman al teléfono. Debe ser muy importante.

Antes de salir, don Ismael se dirige a la clase.

–Espero que estéis tranquilos el tiempo que falte – luego levanta la mano con autoridad –.Haber, el delegado... sal a la pizarra. Quien hable, lo apuntas. Ya aplicaré el castigo cuando vuelva.

Salgo al encerado y empuño la tiza. Con la tiza empuñada miro hacia la clase.

Nada más quedarnos solos el alumnado, Whisky comienza hacer muecas payasas y graciosas. La clase, o gran parte de ella, se troncha de risas.

Apunto su nombre en el encerado.

–Es injusto –dicen los ojos azules, desde su pupitre –. Don Ismael dijo quien hablase, y Ricardo no ha dicho nada.

Dudo, pero al final lo hago.

–¿Por qué me apuntas? –decepcionada, pregunta los ojos azules.

–Eres jelipollas – espeta una alumna, amiga de los ojos azules –.No lo pregunto, lo confirmo.

El grosor de la clase se ríe a carcajadas.

Siento que me pongo colorado, un brasero me arde en la cara.

Apunto su nombre en la pizarra.

Whisky se levanta de su silla, me mira con chulería y dice con sarcasmo:

–Pablo... Pablitoooo... ya sabemos que eres el delegaditooo, el que come a los profesores el culitooo.

La clase entera revienta en risas, y yo pongo una cruz (señal que ha hablado dos veces) tras su nombre, mientras me quemó por dentro.

–Pues sí, eres jelibollas –dicen los ojos azules, con un sarcasmo que barre piedras –.Vas a tener futuro, Pablo.

Pongo una cruz tras el nombre de Diana, mientras oigo cómo la clase se carcajea.

Whisky, levantado, desafiante y bravucón, eleva la voz y dice:

–¡Borra eso, payaso, o te parto la cara a la salida!

Aunque tiemblo un poco por la amenaza, vuelvo a poner otra cruz tras su nombre.

–Vas a terminar por ponerme un cementerio de cruces –dice, riéndose felizmente.

La clase también se ríe. Al final, es gracioso también. Parece que lo tiene todo.

–No eres más payaso por que no entrenas –afirma Whisky. Le pongo otra cruz –.No espero a la salida, te parto la cara ahora mismo.

Justo cuando da el primer paso en acción amenazante, entra una profesora y se detiene en la puerta. Con velocidad de rayo, Whisky se sienta en su silla. Como si no ha roto un plato.

La profesora, desde la puerta, da una palmada para ganarse la atención de todos.

Sonríe amablemente y dice:

–Don Ismael no volverá a clase hoy, su esposa se ha puesto muy enferma y se ha tenido que ir al Hospital.

Se percata de mí, que sigo ante la clase, de espaldas al encerado, con la tiza en la mano. Desde lejos canta que soy el delegado.

–Tú –se dirige a mí –borra todo lo escrito en el encerado, así quedará limpio para mañana. Podéis iros todo para casa, mañana será otro día.

Mientras una rabia perruna me cuece por dentro, voy borrando la pizarra. No siempre ganan los buenos. Lo tengo comprobado.

No lo veo –ni quiero verlo –, pero presiento la sonrisa de victoria que tiene que estar aflorando en los labios de Whisky. La sonrisa de los campeones.

Al salir, mientras sigo borrando lo escrito en la pizarra, pasa por mi lado y me suelta:

–Eres jelibollas –dice, triunfante y socarrón.

La mirada de ojos azules va tras él.

–Tendrás futuro –guasonamente afirma la mirada de ojos azules, y me sonrío

con dulzura de leche condensada.

No siempre ganan los buenos, vuelvo a pensar. O, tal vez, los buenos sean ellos. ¿Quién sabe?

AMOR MESSENGER

Rafaela llevaba varios días nerviosa.

Por los nervios, había momentos que se desorientaba como náufrago en mitad del mar. Culpa del desatino, había días que echaba dos veces sal a la misma comida o no echaba ninguna, o se le torraba el estofado, o dejaba horas y horas el grifo de la cocina abierto.

Sí, nerviosa.

¿Cómo se lo diré a Goyo?, hablaba consigo misma. ¿Cómo le asentaré? Mal, muy mal. Seguro. Según es él de bruto hablando, su boca será un lanzallamas contra mi persona.

Rafaela tenía cincuenta años cumplidos y desde siempre había vivido con su hermano Gregorio (Goyo), que le llevaba tres. Los dos eran solteros y vivían en la casa que fue de sus padres, en *Valdetejas*, un pueblo a quince kilómetros de la ciudad. Y que como la mayoría de pueblos, había ido a menos. Por no tener, ya no tenía ni tienda. Se abastecía de comerciantes ambulantes que venían dos o tres veces por semana.

Desde hacía diez años vivían solos. Se tenían el uno al otro. Los padres ya estaban en el cementerio y otro hermano, menor que ambos, vivía por Valencia. Venía tan poco por el pueblo, que Goyo decía: “Lo habrá *matao* una traca de esas que tienen los valencianos, seguro que sí”.

Rafaela siempre fue una niña escuálida de carnes, con gafas, tímida y, si existe la suerte, con poca suerte. Ahora, era una mujer enjuta, con gafas más gruesas de cristal y con menos timidez que de niña, culpa del paso del tiempo, pero tímida al fin y al cabo.

Su hermano, en cambio, era fuertote de cuerpo, atrevido, valiente, campechano.

Desde hacia diez meses, por Internet, chateaba con Damián, otro cincuentón soltero, de Albacete.

Ambos se habían enamorado.

El amor no tiene edad. La diana de las flechas de Cupido no son los años, sino el corazón. Ya se habían mandado foto. Ninguno de los dos era agraciado, ni lo habían sido de jovencitos, pero se habían gustado, enamorado, y querían estar juntos. Internet los había unido por el corazón.

Después de los diez meses, Damián le convenció de que ya había llegado la hora de decírselo a su hermano, y salir de la casa, y vivir junto los dos. Y era lo

que tenía que decirle a Goyo, y por eso estaba nerviosa, porque suponía que reaccionaría mal. Goyo no entendía lo de Internet, y no era participante de que ella andará con *las teclas*, como él le llamaba, pero lo toleraba. No con agrado, pero toleraba. Había más mujeres en el pueblo, más o menos de su edad, que también se entretenían en *la tecla*.

Una noche, para cenar, Rafaela preparó medio pollo con una receta nueva. Goyo, entendido en paladar, elogió el guiso por varias veces, diciendo que esta vez se había superado. “La receta la he sacado de Internet”, le dijo, sonriendo, esperando su beneplácito por los adelantos tecnológicos y que ella estuviese al día en ellos. “Menos mal que *las teclas* esas sirven para algo bueno”, contestó Goyo, cargando las palabras de retranca.

Llevaba varios días pensando en cómo decirle que lo dejaba, que se iba con su amor. Damián le dijo que se fuese en silencio, dejándole una carta donde se lo explicara todo. “A mudas, no”, le contestó Rafaela, segura de sí misma. “Me resulta indigno y deshonesto”. Y decidió decírselo a la cara.

Pensó hablarlo en la comida, pero el desatino le llevó a echar dos veces sal en la sopa.

–¿Pero es que has hecho esta sopa con agua del mar?– preguntó malhumorado Goyo –.De salada, ni los perros se la comerían.

Y no vio lugar para decirle la noticia.

Fue por la noche, después de cenar un estofado de carne con una receta que pilló por Internet.

–Te dejo, Goyo, mañana me voy –dijo sin temblarle la voz, cosa que esperaba, pero no le tembló.

Su hermano se lo tomó a chufra, y bromeó:

–¿Adónde vas, hija, al fin del mundo?

Rafaela no era de salir. Mejor dicho, no tenía con quién salir, por que salir sí que quería, pero a los cincuenta años la gente suele estar ya colocada en sus hogares, y quien no lo está, puede sentirse hundida y mal, por lo que no está para ir de chirigota por ahí. Rafaela no estaba hundida ni mal. Le gustaría ir de cervezas y pinchos por la ciudad, y divertirse, y reírse, y ver escaparates, y gente mudada y guapa. La vida no tiene porque darse por terminada a los cincuenta años, y más cuando aún falta mucho por vivir.

–En serio, mañana me voy. He conocido a un hombre por Internet.

Al oír la palabra Internet, Goyo se levantó de la silla, golpeó la mesa y gritó:

–¡Me cago en las putas teclas y en la asociación El Palomar!

Fue la asociación El Palomar la promotora de poner en Valdetejas un curso para aprender a navegar por Internet personas mayores de cuarenta años. Los ordenadores fueron puestos en las antiguas escuelas del pueblo, ya ausentes de

infantil alumnado. Goyo, como todos los que sobrepasaban la cuarentena, fue invitado al curso. “A la mierda”, dijo.

En cambio, Rafaela lo aceptó encantada. Allí aprendió a navegar por los mares cibernéticos y chatear vía Messenger, y conoció a Damián.

Las primeras conversaciones fueron baladíes, rutinarias, sin fondo. Pero poco a poco, el bistrú de la confianza fue abriendo las profundidades del corazón, y a flote salieron los más hondos sentimientos. Y cada tarde Rafaela corría hacía las antiguas escuelas para chatear con Damián, pues sus palabras le hacían feliz como a una chiquilla. Sobre todo aquella frase que Damián le dijo cuando ella apelaba a los años para decir que era demasiado tarde para amar, que de no haberlo hecho a los veinte o a los treinta, como iba hacerlo con medio siglo. “Los años no pueden preservarte del amor, pero el amor sí puede preservarte de los años”. Y sintió esa frase muy adentro, pues era lo que ella sentía: juventud. El amor le había rejuvenecido como a águila, y no sentía el peso del medio siglo que tenía sino que sentía de manera joven, animosa, feliz. De pronto, quería ir de la mano de Damián por los bares de la ciudad, y tomar cervezas y pinchos, y escuchar buena música. Y besarle en la boca, delante de todos, como lo harían dos adolescentes. Y reírse. Reírse mucho.

–Cágate en lo qué quieras, pero me voy con él –dijo, segura de sí, sin temblarle la voz –.Lo que me queda de vida, quiero vivirlo a su lado. Espero que lo entiendas.

Su hermano la miró de arriba a bajo y de abajo a arriba, profundizó la mirada hasta sus entrañas, y dio por sentado que estaba enamorada. Sabía de lo que era capaz una mujer enamorada. Lo había visto muchas veces en las películas, lo había visto en el pueblo, en la vida.

Se apaciguó.

–¿Pero de dónde es?

–De Albacete.

Goyo rompió a reír en una risa cascada, irónica.

–Coño... pensé que en Albacete sólo había navajas.

Rafaela no dijo nada.

–O sea: habéis hablado por *la tecla*, os habéis enamorado y ahora queréis estar juntos.

A Rafaela no le costó responder.

–Sí.

La cara de Goyo era un mar de incredulidad.

–¿En serio?

–Sí.

Goyo dio un corto paseo por la cocina de la casa.

Volvió a preguntar:

–¿Estás segura de lo que haces?

Un gesto de su enamorada cara le respondió afirmativamente.

–Rafaela, ¿tú sabes los años que tienes?

–Sí, cincuenta ya cumplidos.

–¿Y tú crees que es edad para andar con estas cosas?

–El amor no tiene edad –contestó.

Goyo sonrió.

–¿No se estará burlando de ti ese albaceteño?

–No. No creo.

Ambos se miraron. Con ternura. Como hermanos, se amaban mucho. Goyo comenzaba a comprender, a él también le hubiese gustado tener a una mujer, pero por las cosas del destino, por los que sea, por esas cosas inexplicables pero que pasan en la vida, él tampoco había podido formar una familia.

Goyo, con los ojos asintió, y con una mirada le daba la bendición. Sabía que de jovencita no se había quitados a lo chicos de encima como si fuesen una plaga, más bien recibió algún desplante. Tal vez podía ser este su último tren.

Al día siguiente, por la mañana, Rafaela, maleta en mano, tomaba el coche de línea que le llevaría a la ciudad. Desde allí cogería el tren para Albacete.

A la misma hora, Goyo caminaba hasta las viejas escuelas. Iba a preguntar si había una plaza libre para aprender ordenadores. *La tecla*, como él le llamaba.

ODIO

Lo sucedido ahora: la gota que colmaba el vaso de la paciencia de Marta, y el agua de las malas intenciones comenzaban a desbordarse en su interior, unas intenciones de pólvora y crimen que comenzaban a robarle el sueño, a desviarle el Norte de su vida.

A Lisardo, su pareja desde hacía un año, le había dado una paliza de muerte. No lo habían matado, pero casi. De momento estaba ingresado en la UCI, con pronóstico grave. “Le han apaleado como a un perro”, le dijo el médico. “Le golpearon con saña. Tiene muchos daños, por fuera y por dentro. Tiene serios derrames”.

Un testigo vio a cuatro personas, al oscurecido, cerca de la casa de Lisardo, como le apaleaban. Fue el que le recogió medio muerto y dio la voz de alarma.

La investigación policial fue rápida y concisa y pronto dieron con los agresores. Dos de ellos resultaron ser hermanos de Elsa, ex de Lisardo. Los otros dos, amigos de los hermanos de Elsa.

En comisaría, los amigos pronto se derrumbaron y cantaron todo: los hermanos de Elsa habían pagado un buen dinero para que ayudaran a pegar la brutal paliza a Lisardo.

Que detrás de la paliza estuviese la mano de Elsa, a Marta no le extrañó para nada. De hecho, es lo primero que pensó. Su odio había hecho de ella, de Elsa, lo más parecido a un monstruo. Una herida que no se trata, no se cura. Y una herida que no se cura, es un foco abierto a toda infección. Es lo que pensaba Marta, la ex de Lisardo no se había tratado la herida de la separación y una infección de odio le estaba carcomiendo los sentidos.

Lisardo, hacía dos años que se había separado de Elsa y uno que estaba con Marta. La separación llegó por el distanciamiento interior que la pareja tomó, nunca hubo terceros. Ni él se echó un amante ni ella tampoco. El distanciamiento interior, la rutina, el tedio, los convirtió en dos extraños bajo el mismo techo y las discusiones terminaron siendo diarias. Algunas discusiones, mucho más que acaloradas.

Habían tenido dos hijos, José y Raquel. Lisardo no quiso que sus hijos, de siete y tres años, siguieran creciendo en aquel ambiente de discusiones y violencia verbal. Decidió separarse. “¿Y adónde vas tú sin mí?”, le preguntó Elsa, y el tono de sus voz sacudía pólvora. “Eres un inútil, y lo sabes. Vendrás con el rabo entre las piernas”:

Por el momento, hasta el divorcio, el juez decretó que en el piso se quedara ella y los niños, porque José y Raquel quedaban bajo su custodia. Dos fines de semana al mes, los tendría Lisardo.

Por un tiempo, Lisardo perdió su camino, también el control sobre su vida. Comenzó a beber. Bebía para olvidar, también para aplacar aquel fuego que sentía en las entrañas. Veía cómo su vida se había ido al garete, cómo se quedaba sin familia, cómo se sentía más y más negro por dentro, como si un gafe le hubiese tocado con el dedo. Era lo más parecido a una barca a la deriva. Y como un naufrago, a la deriva andaba cuando apareció Marta. Él la llamó: “Provisión de Dios”. Le rescató. Le sanó por dentro. Se llenó de esperanza ante el futuro, un futuro que por un tiempo dejó de ver. Y si alguna vez lo veía, negro como una palada de brea. Ahora, con Marta, todo era bonanza, paz, promesa, futuro, amor.

Una tarde fue a buscar a los niños. Los recogía en la casa que un día fue suya. Se ponía a la puerta –por orden del juez no podía pasar de ahí. Si lo hacía, incurría en un delito –, y Elsa le sacaba los niños. Al traerlos, en la puerta los recogía.

Elsa ya se había enterado que salía con otra mujer, que comenzaba a edificar su vida. Aquella tarde salió a la puerta sin los niños. Antes de entregarlos, quería hablar con él.

Lo miró de arriba abajo: lo vio arreglado, se veía que una mano femenina lo cuidaba y lo vestía. Tiempo atrás, se presentaba con desaliño, a veces hasta con ojeras y sucio. Aquella vez, estaba como un pincel. Lisardo era alto y delgado, con el pelo moreno, y lucía muy bien el traje de rayas que llevaba puesto.

–¡Vaya, así que ya tenemos un coño! –dijo Elsa con un tono jocosos y guasón –.Entonces, te podremos llamar Hernán Cortés, *El Conquistador*, ¿no?

Lisardo no vio gracia a lo que decía, ni al tono con que lo decía, ni a las intenciones con las que lo decía.

–Dame a los niños, anda, que tengo prisa –alegó en una voz más baja que alta.

–Tranquilo, sin prisas, Hernán Cortés, *El Conquistador*.

–No eres graciosa, nunca lo has sido –le recriminó Lisardo.

Sabía que aquello podía llevarle a una discusión de la hostia. Podría encender un fuego donde él también se quemaría, y le pesó haber dicho tales palabras.

–¿Es guapa? –preguntó Elsa.

Ante aquella pregunta, Lisardo se hizo el sueco. Sordo ante lo que creía que estaba fuera de lugar. ¿Qué importaba si Marta era guapa o no? Eso no iba a cambiar nada. Para él era su tabla de salvación. Sin ella, ya hubiese perecido en el mar de la desdicha. Como la mano de Dios vino sobre el cuchillo de Abrahán cuando éste iba a matar a su hijo Isaac, Marta apareció en su vida. En una expresión del boxeo: salvado por la campana.

–Dame a los niños, tengo prisa – reclamó Lisardo.

–¿Es guapa? –insistió Elsa.

–Del montón –contestó al fin, con desgana.

Tenía ganas de coger a los niños y marcharse. Anteriormente a Marta, solo se decían “hola” ante la puerta de casa. A veces, ni eso. Un “¿Cómo estas?”, jamás lo hubo. Y ahora, a Lisardo le pareció que Elsa se ponía parlanchina como un papagayo. Burlonamente, pensó en preguntarle si había comido lengua, pero eso era otra cerilla que podría encender la hojarasca de la discusión.

No lo hizo.

–¿Del montón? –Elsa agitó los brazos en el aire.

–Sí, del montón.

Elsa esbozó una risa, una risa que tenía ecos de una herida. La herida del fracaso. Su vida no era lo que había soñado. Como tantas vidas en esta vida, su sueño había naufragado en un mar de crueles realidades. Hay quien en el mar de la realidad no sabe nadar.

–Lo suponía, no podía ser más guapa que yo.

Elsa no había sido fea, ahora tampoco lo era, solo que ya no prestaba cuidados a su estética. Tenía treinta y ocho años pero aparentaba algunos más. Lo contrario en la estética de una mujer, que siempre parecen más jóvenes que lo que en verdad son. Hacía tiempo que ya no se teñía el cabello de rubio, y a dos colores –medio rubio medio negro –, le empobrecía la imagen. Había engordado algo, pero porque apenas si hacía gimnasia. A la puerta, siempre salía en bata, sin ningún tipo de arreglo. Sí, Elsa estaba descuidada.

Por fin le entregó los niños. Lisardo apresuró el paso hasta el coche y voló del lugar.

Los hermanos de Elsa, de manera oculta y por orden de ella, con el móvil habían sacado fotos a la pareja. Por ello, llegó a ver el físico de Marta.

No, no era del montón, como le había dicho su ex. Era guapa, muy guapa. Pelo rubio, ojos verdes, cuerpo con talle y vistiendo a la moda. La asemejó a una muñeca Barbie. Y fue en un hipermercado donde Elsa la vio. Como ella, Marta estaba haciendo la cesta de la compra. En ese momento estaba en la sección de congelados. Elsa se acercó a ella. Por fotografías del móvil que Lisardo le había enseñado, pudo reconocerla. Se tensó ante ella como animal que olfatea un peligro.

–¿Así que tú eres el nuevo coño de mi ex? – soltó burlona.

Marta prefirió no contestar. Trató de no hacer caso y siguió con la compra.

Elsa habló con desdén.

–Pasarás ganas, Lisardo es muy flojo en la cama, no se le pone dura ni con escayola.

–Eres una cerda –le recriminó Marta –.Una cerda con vestido.

–La cerda eres tú –Elsa se puso en pose valiente y desafiante –.Te lías con el cerdo de mi exmarido. ¡Cerda, cerda, cerda!

Marta le agarró de los pelos. De los pelos le agarró Elsa. Rodaron por el suelo. Se dieron bofetadas y se dijeron lindezas. Pararon cuando las separó el guardia de seguridad. Ambas sangraban por la nariz.

–¡Cerda! –gritó Elsa, ya tratando de salir del hipermercado.

–¡Cerda tú! –contestó Marta.

Por la noche, en casa, cuando Lisardo se enteró, se echó manos a la cabeza. Ahora, el fuego entre ellos volvía a estar más encendido que nunca. Y ahora, en ese fuego también se quemaba Marta.

Cuando fue a buscar a los niños, Elsa le esperaba en la puerta. José y Raquel estaban dentro, esperando la orden de salir, orden que les daría su madre. La postura de Elsa ante la puerta, chula y con desdén.

Lisardo llegó vestido con una camisa que le quedaba muy bien, una camisa de seda, color azul cielo. Se la había regalado Marta, por su cumpleaños. Lisardo llevaba la orden de su pareja de no hablar de lo sucedido en el hipermercado. No diría nada. Mudo como una pared. Como que nunca hubiese sucedido lo que sucedió.

–Muy bonita la niña –soltó ella sin perder desdén –. Lo qué te decía: Hernán Cortés, *El Conquistador*. ¡Vaya bombón has ligado!

–Tengamos la fiesta en paz, Elsa –sosegado intercedió Lisardo – .Creo que ya nos hemos hecho bastante daño para que todavía nos hagamos más. ¿No te parece?

Se fijó que iba muy elegante y que la camisa le quedaba muy bien.

–¡Vaya camisa, de seda! –con el dedo, de manera despectiva, le sobaba la prenda –. ¿Regalo de tu pareja? Seguro que sí, tú siempre fuiste un inútil para comprarte ropa. Bueno... eres un inútil para todo.

–Elsa... por favor, dame a los niños.

Con ira, fuerza y celos, Elsa le tiró de la camisa, rasgándosela por una parte.

–Así estás más guapo.

Cuando los niños salieron, inocentemente Raquel le preguntó:

–¿Por qué traes la camisa rota, papá?

A él le dieron ganas de llorar.

Cuando Marta se enteró de lo sucedió, viendo su regalo rasgado, ya inservible, gritó:

–¡Me estoy hartando!

Un domingo, paseando por el rastro, Lisardo vio sus libros, sus cuadros, su ordenador y hasta unos zapatos negros, en la mesa de un vendedor. Se quedó

helado. No podía ser, pensó. Pero era. Preguntó al vendedor cómo se había hecho con todo ese material, y éste respondió que se lo había dado una señora. “Quería limpiar la habitación”, le dijo el vendedor. “¡Me caguen en la puta de su madre!”, dijo Lisardo, los puños cerrados y la ira escrita en la cara. El vendedor le miró fuera de sí pues no entendía. “En la madre de esa señora que te regaló todo esto”, aclaró Lisardo, para que el tendero no pensara que se refería a su madre.

Esperaba orden del juez para entrar en su casa y sacar todo lo que era suyo. Tenía casi una biblioteca de libros, varios cuadros de un valor sentimental incalculable y otros enseres. Ahora, estaban allí, en el rastro, malvendiéndose. “Zorra, puta”, masculló ante su pequeño tesoro, tesoro del que ella se había deshecho. “Por hacerme daño, por joderme”, pensó.

La tarde que fue buscar a los niños, lo habló. Lo habló, pero en un tono alto, casi sonando a amenaza.

–Me estorbaban, necesitaba esa habitación –alegó ella, casi riéndose de la alegría de verlo herido por ello.

–La casa tiene siete habitaciones, no necesitabas ésa, lo hiciste por joderme.

Elsa elevó la voz, rozaba el grito:

–¡Pues me alegro, veo que lo he conseguido!

–Eres miserable –le insultó Lisardo.

Los niños estaban a la puerta, escuchando todo, viendo todo.

Raquel, la pequeña, se echó a llorar.

Elsa se airó.

–¡Ves, jelpollas, has hecho llorar a la niña!

–¡No me llames Jelpollas, eso lo será tu madre!

Sin pensarlo, ciega por la ira, Elsa cerró el puño y le golpeó en la boca. No fue un golpe fuerte pero sí eficaz. El labio de Lisardo se rajó. De la herida brotó sangre.

Ahora, como su hermana, José se echó a llorar.

Esa tarde se fue sin los niños.

De regreso, sintiendo el resquemor en el labio partido y la quemazón de la rabia en sus extrañas, pensaba por qué la vida se rompía así, de esa manera tan sin sentido. De todo lo que nos sucede, ¿hasta dónde somos responsables y hasta dónde no? ¿Hasta dónde somos culpables y hasta dónde inocentes? Recordó una frase que en su casa, de niño, la había escuchado, por varias veces, a los más mayores de la familia. “Hay cosas que pasan”. Y no daban explicaciones de por qué pasaban. ¿Tal vez no las había? ¿Tal vez no las sabían?

Lo suyo, había pasado. “Hay cosas que pasan”. Antes de una dolorosa separación, una temporada convivida con más guerra que paz, con más odio que

amor, con más herida que bálsamo. Ahora, como ave abatida quería levantar el vuelo hacia un cielo de futuro y amor, pero la tormenta de las heridas de su vieja relación, amenazaba de nuevo con truenos, rayos y relámpagos. Se entristecía pensando en que un día, con Elsa, compartió la intimidad del beso y la almohada, que es la intimidad más grande en una pareja, pues a través del beso y la almohada, se llega a lo más íntimo del corazón. Y luego, años después, se convirtieron en dos extraños que compartían el mismo techo. Mejor dicho, dos enemigos, pensaba Lisardo. Dos extraños no se hieren, no se insultan, no se menosprecian, no se hacen una guerra que termina reventando el alma. No. Dos extraños están callados, indiferentes, pero callados. La guerra es patrimonio de los enemigos. Después de compartir la dicha del beso y la almohada, dos enemigos bajo el mismo techo, que se lanzaban palabras y reproches como quien se lanza piedras.

Llegó a casa con la cara transformada y el labio roto. Marta, al verlo, le abrazó y le curó la herida. Luego, le dio varios besos en los labios de forma suave.

–Creo que ya se pasa –refunfuñó Marta, con una ira que sentenciaba algo –.Creo que ya le vale, ¿no? Me está cansando, Lisardo, me está cansando.

–¿Y qué podemos hacer?– preguntó, derrotado, sin fuerza –¿Dejar de ver a mis hijos?

–No, eso no –contestó Marta.

Ahora, después de todas esas humillaciones, la paliza por encargo. Lisardo se debatía entre la vida y la muerte. Marta ya no podía más, ya no digería tanta humillación, tanto dolor, tanto desprecio. A su mente le venían pensamientos negros, malintencionados, que cada vez tomaban más y más dominio dentro de su ser. Era feliz con Lisardo. Quería vivir, y morir, a su lado. Elsa no podía estropear su historia de amor, su bonita historia de amor. No podía deshacer la familia que pensaba formar. No. Si a Lisardo le pasaba algo, ella no podía irse de rositas, no. Era la culpable de todo. Envenenó a sus hermanos y pagó dinero a los amigos para que lo mataran. Sus hermanos y amigos se pudrirían en la cárcel, pero ella, la gran culpable, libre. Libre, con todas las posesiones y los niños para ella solita. ¡No! Lisardo pudriéndose bajo la tierra y ella disfrutando de vida, libertad y posesiones. ¡No!

Ese pensamiento, Marta no lo digería bien, le cortaba la digestión sentimental, sintiéndose al borde de la muerte. Era muy doloroso dentro de ella. Y ese dolor crecía y crecía como algo que es gigante y crece enormemente por días.

Una mañana, el médico le dijo que Lisardo estaba más muerto que vivo. Que lo peor no era las fracturas que tenía en los huesos, sino los derrames que tenía por dentro. El medicamento no reducía los daños internos y el mal avanzaba a

pasos agigantados. Más muerto que vivo. Esa frase, como una campana, como un eco, rezumbó en su mente durante todo el día. Por la noche, le fue imposible coger el sueño. El poquito que cogió, fue para tener pesadillas.

Más muerto que vivo.

Aquella mañana sacó el todoterreno de la cochera, un todoterreno de la casa Land Rover. Ciertamente, una montaña de coche. Podría aplastar a un caballo tranquilamente.

Frente al colegio, esperó que metiera a los niños para adentro. Cuando Elsa, ya sola, trató de cruzar el paso de cebra, el todoterreno le pasó por encima.

A esa misma hora, los médicos certificaban que Lisardo ya era un cadáver.

LA EXTRANJERA

¿Qué perdone a mi hermano, dices? ¡Claro que lo perdono, hija, que es mi hermano! Si este enfado mío sólo es una estrategia para que se entere de que el mundo no es una balsa de aceite, ni todo el monte es orégano, ni todo lo que reluce es oro, ni todas las personas que ruedan por el mundo son ángeles de Dios. Y menos ésa... que más que angelito, yo diría que diablito.

Zacarías... pobre Zacarías. Un bendito de Dios, ya lo conoces tú. Un niño le engaña. Y si le engaña un niño, ¡cuánto no más esa arpía extranjera! Que nada tengo con la mujeres extranjeras, quede claro, bastante ya tienen con dejar su país y venir a trabajar a España en trabajos no muypreciados por los de aquí. Pero, claro, no confundamos las cosas, de ahí a engatusar a mi hermano con pocos fines de amor y muchos de interés, ya me dirás tú, hija, ya me dirás. Que eso del amor queda muy bien en las películas de la tele, pero la vida es otra cosa muy distinta a lo que ocurre en la pequeña pantalla, o en la grande, me da igual. Una película tiene muchas tomas, pero la vida sólo tiene una; en la tele hay mucho *play back*, pero la vida tiene mucho directo y, por ello, hay que improvisar.

A Zacarías, ya lo ves, hija: sesenta y cinco abriles en todas las costillas. A su edad... con esas cosas del amor. ¿Quién lo iba decir? Sesenta y cinco abriles en toda la *chepa*, y ya lo ves, se creyó que la extranjera estaba coladita por él, muerta de amor por sus huesos.

Nunca sedujo de joven, y en plena vejez se creyó un galán. Un galán de cine. Sí, de cine, pero la película se la hicieron a él. ¡Y qué película!

Físicamente, a mi hermano tú lo conoces, hija, parece que sale de la posguerra civil: chaqueta a cuadros, pantalón de pana gruesa y la gorra encasquetada en la cabeza hasta parecer que está fundida con los sesos. Su intelecto... ya lo conoces, se asemeja al cerebro de un asno. Bien, pues de una estampa de hombre así, vine un hembra de veinte años, un bombón en carne de hembra y se pierde por el armatoste de mi hermano. Ya. ¡Qué bonito! Y resulta que mi hermano, debido a que lo único que ha hecho es trabajar toda su santa vida, tiene unas cuentas bancarias que dan golosina a cualquier mujer, española o extranjera. Ya sabes, hija: los dineros siempre ponen mucho caramelo a eso del amor. Caramelo, miel, azúcar y... lo que falta haga, que para eso es dinero.

Un día me vino con que conocía a una mujer y que tenía pensado ir a vivir con ella. Hija, yo pensé que sería una mujer de algún pueblo alrededor del nuestro,

una mujer entrada en años, solterona o viuda, y que por no estar sola se juntaba a mi hermano. Ya sabes: más por soledad que por amor, pero eso no importaba. Cuando me dijo que la mujer tenía veinte años, era extranjera y que trabajaba en ese bar de tantas luces llamado *El Tropezón*, a poco más las endiño como por infarto. Fíjate en el nombre del bar: *Tropezón*. Para los demás, no lo sé, pero para mi hermano, más acertado el nombre no pudo tenerlo. Tropezó en el *Tropezón* hasta romperse la crisma de sus sentimientos.

Bueno, a lo qué iba: que la mujer tenía veinte primaveras en canal y trabajaba en ese bar donde acuden los hombres con eso del cariño estropeado. Como mi hermano, que desde siempre ha andado con el cariño estropeado. Y, al parecer, esa extranjera resultaba ser una buena mecánica para las averías del cariño, pues en nada lo arregló. ¡Coño que si lo arregló! Le salió caro el arreglo, pero lo glorioso es que lo arregló. Con decirte que hubo días en que me parecía que mi hermano volaba por los cielos de la felicidad, ya está dicho todo.

La verdad: le dije todo lo qué pensaba y sentía, bien claro y alto, para que se enterara, pues mi hermano no es un Cervantes en el intelecto y le cuesta captar las cosas. Le dije que una chica así no podía enamorarse de un tipo como él, que esa mujer iba a lo suyo. “¿Y qué es lo suyo?”, me preguntó. Ya ves tú, hija, las capacidades mentales de Zacarías. Le dije que esa mujer iba a devorarle el dinero, que no había cruzado *el charco* para enamorarse de él, ni había dejado su tierra para venir a España a vivir una historia de amor con un tipo como él. ¿Sabes lo qué me dijo? Que las mujeres, unas de otras, siempre pensamos desconfiadamente.

Por no serte cansa como un discurso político: discutimos larga y fervorosamente. Con decirte que cuando salió de mi casa parecía que el diablo se lo llevaba, ya te lo he dicho todo. Y con decirte que me llamó guarra y asquerosa, ya no te digo más. ¿Para qué?

Bien, pues el final de la película es este: mi hermano se trajo a la extranjera para casa, se casó por lo civil, pusieron las cartillas del banco a nombre de los dos, y un buen día ella desapareció. Bueno, no sólo ella, sino todo el dinero que mi hermano tenía en las cuentas. Si hubiera desaparecido solo ella, nada, todo muy bien, pero el caso es que los dineros también desaparecieron.

¿Qué cuánto, me preguntas?... Fijo, fijo... no te lo digo, pero posiblemente llegara a los noventa mil euros. Mi hermano dice que mucho menos, tal vez para restar importancia al asunto.

A mí el dinero no me duele, lo que me duele es ver a mi hermano así: herido de amor y desengaño.

Pobre Zacarías...

DESEOS´PUB

Parecía aquella la semana de las discusiones. Vino una tras otra, como tormentas tropicales, arrasando la paz del alma de ambos.

La primera de ellas fue por aquella pistola que Carmela descubrió en el cajón de la mesita de Mario, cuando hacía la cama y trataba de guardar un libro que descansaba sobre la mesita. Era una Targard automática, de aleación ligera y con un calibre de 9 mm. Parabellum. Un arma bonita y cómoda en la mano.

–¿Se puede saber qué coños hace esta pistola aquí, Mario? –preguntó, y un poso de ira asomó en sus palabras –. Para nada me gustan las armas.

–Es mía –contestó él, y lo dijo con naturalidad, como si una pistola en el cajón de la mesita fuera lo más normal del mundo.

Carmela y Mario, tras dos años de noviazgo, se casaron por la iglesia, enamorados como dos tórtolos. En la boda, de ella ensalzaron lo bien que le quedaba el vestido blanco, y es que Carmela era una mujer de mucha percha: alta, delgada, melena color castaño y mucha sensualidad. A él le alabaron lo bien que le quedaba el traje color crema.

Mario no era muy alto, ni excesivamente guapo, pero tenía una cara risueña que le daba acento de niño, y un donaire que se ganaba a la gente a la primera palabra. Tal era su donaire y su don de gentes, que no fueron pocos los que le aconsejaron que abriese un bar, una cafetería o un establecimiento público pues, por su especial trato, iba a rebosar de clientela.

Así lo hizo, nada más casarse abrió un pub, un pub llamado: *Deseos´Pub*.

–¿Y para qué quieres tú una pistola? –ahora, el poso de ira había crecido y las palabras resultaban como fuertes arañazos en la cara.

–Para lo que sea –dijo Mario, vagamente pero molesto, como sin ganas de hablar –. Para lo que sea.

–¿Cómo que para lo que sea? –Carmela puso los brazos en jarra, y un gesto de desafío afloró en su bonita cara –. Un arma se compra para algo. No me gustan las armas, Mario, me dan miedo. Además, siempre se ha dicho que las carga el diablo.

Mario, ofendido por el tópico escuchado, hizo un aspaviento con las manos.

–No seas boba del culo, Carmela, y deja el arma donde estaba.

–Si no te deshaces de ella –ahora, el gesto de desafío llenó su cara por completo –, me desaceré yo.

–¡Vete a tomar por el culo, Carmelita!¿vale? ¡Vete a tomar por el culo!
Tras aquella frase, hubo *morro* entre ambos para unos días.

La segunda discusión vino a raíz de Sheila, una jovencita que comenzó a frecuentar el pub, y Carmela pudo comprobar que se comía a Mario con los ojos.

Para nada, absolutamente para nada, Carmela vio bien que Mario abriera un bar, y mucho menos un pub. Fueron fuertes las discusiones, pero Carmela cedió porque tanto su familia como la de él estuvieron de acuerdo en que de algo tenían que vivir, que el maná del cielo no iba a caer.

Cuando a Carmela le preguntaban por qué se negaba tanto a que ambos abrieran un pub, respondía cien excusas, evasivas al fin y al cabo.

Sólo se sinceró con su madre:

–Mamá, en un pub hay muchas chicas, y Mario es especial. Es como meter la gallina en la cueva del zorro.

–¿Celos...?–su madre sonrió, tratando de que la creencia de su hija se deshiciera en su mente como un turrón de azúcar en un vaso de agua –.No debes de atormentarte, Mario es un buen chico y no tendrá más ojos que para ti. A las demás chicas las verá como clientes. Además... más guapa que tú no hay nadie.

Cedió, más por la insistencia de todos que convencida por sí misma. Cedió, pero con la suya en el cuerpo. Seguía pensando que un pub en manos de Mario, era como meter la gallina en la cueva del zorro.

La gente que había presagiado éxito en la apertura del local, no se equivocaron, en semanas el local rebosaba de clientes. Estaba ubicado al final de la calle, donde comenzaba un camino hacía solares, huertas y descampado. Era un local bastante grande, decorado con retratos de actores y actrices, y uno parecía estar en pleno Hollywood.

Mario, por su carácter abierto y campechano, por su don de gentes y por su especial donaire, se abría mucho con todos los clientes, tanto con hombres como con mujeres, y eso hacía que la clientela aumentara; y al aumentar la clientela, aumentaba la recaudación que, en sí, era de lo que se trataba.

Los amigos y familia de ambos estaban muy contentos, y felicitaron a la pareja por el acierto con la apertura del local. “Ya ves tú, casi unos críos y ya están triunfando en el mundo del negocio”, era el comentario que iba de boca en boca, y, en sí, lo cierto era que casi eran unos críos. Mario no había cumplido los treinta y Carmela acaba de cumplir veintisiete.

Mario también estaba gozando las dulcísimas mieles del éxito, pero comprobaba que Carmela no. Y no le hacía falta que nadie le explicara el por qué, pues hay cosas que si no se perciben a la primera, se perciben a la segunda, o a la tercera, pero al final se perciben y nadie tiene que explicártelas. Y Mario

percibió que era un temor de celos lo que a ella le hacía sangrar por dentro y comportarse, en ocasiones, como una niña y en otras, como una loca.

Mario, visto lo visto, comenzó a cerrarse para con la gente, mucho más con las mujeres, con el fin de no dañar a ella más. Y lo consiguió. Ella, digamos, comenzó a sentirse mejor; no curada pero, al menos, más aliviada. Ahora, lo que empezó a empeorar fue la asistencia de la gente que, viendo a Mario más cerrado, más indiferente y más suyo, dejó de frecuentar el pub. Y al fallar la gente, la recaudación vino a menos.

Aquella semana, cuando Carmela volvió a ir al pub dos días después de la discusión por la pistola, comprobó que había cliente nuevo: una jovencita de cuerpo bonito, vestida a la moda y con toda la sensualidad del mundo cosida en su trasero.

Cuando Carmela entró, *la niña* se hallaba en una esquina de la barra, riéndose a papo lleno con Mario. Fue ver ese cuadro, y sentir una maraña de pinchazos por todo su cuerpo. Fue ver Mario a su mujer allí, y cortársele la risa de plano, como si alguien le hubiese tapado la boca de repente, y se separó de la joven. Para disimular, Mario se puso a limpiar vasos ya limpios.

La niña lo miraba con ojos codiciosos.

Carmela se sentó en otra esquina de la barra, como si ella fuese un cliente más. La jovencita no se imaginaba que aquella joven señora era la esposa de Mario.

¿Zorra, no tenías platos que fregar en casa?, masticaba Carmela en sus pensamientos, a la par que aquella maraña de cuchillas internas le abrían en canal el corazón. Grandísima puta, por qué vienes a este pub, hay mil en la ciudad.

Cuando la chica se fue, se despidió de Mario con una generosa y afable sonrisa:

–¡Hasta luego, Mario, guapetón!

En un tibio gesto, Mario solo movió la mano para despedirla.

–¿Quién era esa zorrita? –preguntó ya en casa, y sus ojos eran dos llamas de lumbre.

¿Quién? –Mario se cruzó de hombros, como si no entendiese a quién se hacía referencia.

–Venga allá, Mario, esa zorrita que te tiene encandilado.

–A mí nadie me tiene encandilado.

–¡Joder, tío, que mentiroso eres! ¡Mientes más que cagas!

–Esa zorrita, según tú, en un cliente, según yo. Se llama Sheila, hace un par de

días que ha comenzado a venir.

–¿Un cliente? –Carmela voceó como cualquier otra mujer celosa, comenzando a perder el tino –. ¡Sólo le ha faltado desnudarse para ti!

–Ves muchas películas, mi vida –las palabras de Mario estaban llenas de una ironía que pinchaba sentimientos –.Es mejor que comiences a oír un poco la radio, tal vez te dañe menos.

–¡No estoy loca! –chilló, y los dientes le chirrearon como el roce de dos metales –. ¡He visto que te comía con los ojos!

–Sheila tiene novio –la ira brotó en los risueños ojos de Mario y en su aniñado rostro –, y seguro que a él sí que le come todo, y... no precisamente con los ojos.

Mario abría el pub al medio día y Carmela iba sobre las ocho, para relevarle unas horas. Aquella tarde, cuando hizo acto de presencia, la jovencita volvía a estar en la misma esquina de la barra, riendo a papo lleno con Mario y comiéndoselo con los ojos. Al ver entrar a Carmela, la muchacha se cortó de plano, pues Mario ya la había puesto al corriente de la identidad de esa señora.

Carmela la miró con una mirada que de ser lumbre, la chica hubiese quedado achicharrada como un ascua.

Toda la tarde noche, en el pub, hubo una tirantez entre el matrimonio que se podía cortar con un cuchillo embotado. Más tarde, ya en casa, ella le montó el mismo numerito de celos.

–Deja de venir al pub, y así no sufres –le aconsejó Mario.

Ella lo hizo así, al día siguiente no fue. Pero no fue porque estaba airada por la discusión.

A diario, el pub se cerraba entre doce y doce y media, alargándose dos horas más los fines de semana. A diario, cuando Mario llegaba casa, podía ser sobre la una. Su casa, en coche, quedaba a menos de veinte minutos. Media hora, más o menos, era la duración del trayecto.

Aquella noche era la una y cuarto y Mario no había regresado. Y el retraso, a Carmela le confirmó lo que creía: se estaba dando el lote con Sheila. No podía ser de otra manera. Aquella maraña de cuchillas interiores, que durante un par de días le habían estado hiriendo el alma, ahora le trasvolaban la mente, volviéndola lunática, paranoica, como le corresponde a esos celos enfermizos que ella sufría. Y de pronto, como si una fuerza extraña le hiciera perder todo el miedo a las armas y envalentonarla como a un fuerte guerrero, abrió el cajón de la mesita de Mario y empuñó la Targard. Se sintió valiente, muy valiente. Y bajo aquellas sensaciones de arresto y bravura, armada de pistola, condujo su coche hacia el pub.

En mitad del camino se echó a llorar. “¿Por qué me haces esto, cabrón, por qué me haces esto?”, se preguntaba entre lágrimas.

Comprobó lo que se temía: el pub ya estaba cerrado. Como una luz venida de repente, creyó que la parejita se hallaba dentro del coche, poco más allá del pub, donde comenzaba el camino a los huertos y solares, pues consabido era que dicho lugar era refugio de los amoríos de muchos enamorados. Burlonamente, le llamaban: ‘picadero’.

En sus cábalas no se equivocó: apenas había llegado con el coche a la entrada del camino, vio otro coche aparcado al ras de un huerto, con la luz interior encendida. El coche era un Ford Fiesta, modelo semejante al que Mario gastaba. No se fijó en el color de la carrocería, con el modelo le bastó para saber que era el de su marido. Y gracias a la luz interior que estaba encendida, vio (o creyó ver), la bonita cara de Sheila. La masculina cara del hombre no la vio con los ojos físicos, pero en su mente la estaba viendo con una nitidez que nadie podría haberle dicho lo contrario.

Frenó su coche al lado de aquél. Se bajó segura de sí y valiente como un héroe, empuñando la Targard. Se acercó a la ventanilla del acompañante y, a bocajarro, vació el descargador. Oyó fuertes gritos, que de repente cesaron para dejar paso a un coro de agonía.

Después de la tormenta de tiros, lloró amargamente. Sintió su alma como una almendra amarga, muy amarga.

Llorando y con amargura subió al coche y tomó rumbo a su casa, mientras notaba como una tormentosa nube le iba llenando la mente de principio a fin. Lloraba sin cesar. Hubo momentos en que las lágrimas le cegaban la visión hasta el nivel de no ver por dónde circulaba. Y culpa de la ceguera lagrimal, terminó empotrada contra una farola.

Despertó horas después en una habitación del Hospital. Tenía una enorme brecha en la cabeza y varias heridas por la cara, a parte de sentir magullado brazos y piernas.

Al rato de haber despertado, viendo la enfermera que estaba bastante despejada ya, le dijo:

–Ahora mismo mando pasar a su marido, nerviosamente está esperando en la sala.

–Mi marido...– pronunció débilmente.

–Sí, Mario.

–No puede ser... – la debilidad seguía en sus palabras.

–Venga, mujer –continuó diciendo la enfermera –, el golpe ha sido fuerte, pero no ha dañado el cerebro para que me ande ahora no recordando que estaba

casada con un tal Mario.

Al poco de salir la enfermera, Mario entró en el cuarto con paso presuroso.

–¿Estás bien, Carmela?

Ella lo miró fijamente, tratando de hallar restos de sangre en su cara, agujeros de bala, pero la cara de Mario seguía como siempre, sólo que más cansada por la espera y el disgusto del accidente.

–¿Dónde estabas? –preguntó con un hilo de voz –. ¿Por qué tardaste tanto en volver a casa?

–Salí de pub –Mario hablaba en voz baja, como para no molestarla –, y dirección a casa pinché una rueda. Ya sabes, no soy un *manitas* en mecánica. Me entretuve un rato.

–¡Dios, mío! ¡Dios mío! –suspiró Carmela, y rompió a sollozar mientras una amargura de hiel le empapaba el alma.

LA PECERA

De la mano, enamorados, paseaban por el centro comercial. Comían un helado. De nata él, de chocolate ella. Se miraban y sonreían cómo sólo puede hacerlo los enamorados: con mucho caramelo.

Fue al pasar por *Animalia*, una tienda de animales de compañía, cuando ella se fijó en una bonita pecera con dos peces, que estaba expuesta en el escaparate.

Se soltó de la mano y apresuró el paso hacia la pantalla de cristal. Apegó su nariz y miró fijamente la pecera.

Sonrió.

–¡Eh cariño! ¿La compramos? –dijo, con una voz ensalivada de mimo y ternura –.Quedaría muy bien en el salón.

Hacía seis meses que vivían juntos en el pequeño piso que él poseía casi en el centro de la ciudad, un piso pequeño pero coqueto. Llevaban tres años saliendo, y decidieron vivir juntos tras la semana de vacaciones que pasaron en una playa del Sur.

Él se cruzó de hombros.

–¿Te gustan los peces? ¿Tú crees que adornaría el salón?

–¡Pues claro, tonto! –cariñosamente le peñiscó la mejilla, una mejilla sonrosada y caliente –.Por eso te lo digo. ¿La compramos?

Entraron en la tienda, una tienda que poseía variedad de especies.

Se acercaron a la pecera. El dependiente sonrió como se sonríe a los clientes: con aparente amabilidad.

–Soy muy bonitos –animó, sin perder sonrisa ni dentadura.

Él y ella sonrieron. Ella más que él.

Uno de los peces era de color naranja, el otro era gris con pintas de color marrón. Ambos se movían con gestos muy veloces, casi como rayos, en su redonda pecera.

–¿Son macho y hembra? –preguntó él.

El dependiente volvió a enseñar los dientes en una sonrisa de plástico fino.

–No lo sé. Los mandaron así. Posiblemente no sean ni de la misma especie.

–Si no son de la misma especie, aunque sean macho y hembra, no pueden reproducirse –apuntó él con tono de profesor de Ciencias Naturales.

Ella le lanzó una mirada con la que quiso decirle: “No des clases de naturaleza genética, cariño. Sobran”.

–En el comedor quedarán muy bien, y ellos estarán cómodos –sentenció ella,

sin perder gatita mimosa en la voz.

Decidieron llevarse la pecera.

El dependiente, contento por la venta, volviendo a enseñar los dientes en otra sonrisa de plástico fino, soltó el consejo:

–Cambien el agua frecuentemente y que no les falte comida, sino ya pueden imaginárselo: morirán.

Él y ella sonrieron. Ella más que él.

Por el camino a casa decidieron repartirse los peces y ponerles nombre propio. Ella escogió el pez de color naranja y lo bautizó con nombre femenino: *Jara*.

Él, al suyo, le llamó *Rocky*.

–Como el boxeador que protagonizó Sylvester Stallone – dijo con una risa burlona. Y los dos rompieron a reír.

Colocaron la pecera en el salón, y, cierto, quedaba muy bien.

Adornaba bastante.

Los dos se entusiasmaron en el cuidado de los peces. El entusiasmo llegó hasta niveles de que, a la vez, ambos le cambiaban el agua. Con una jarra llena, media pecera la llenaba ella y la otra mitad él. Si en la jarra quedaba agua, se salpicaban la cara a manera de juego. Luego se reían. Después se besaban. Eran felices. Y a medias le daban de comer a *Jara* y *Rocky*. Primero cogía el bote de comida ella, y esparcía las granas de pienso sobre el agua de la pecera. Tras ella, lo hacía él.

Los peces parecían felices, y por la felicidad parecían estar gordos y lucidos. La pecera siempre estaba limpia, por el mimoso cuidado de ambos en cambiar el agua. Tal era la belleza de la pecera y los peces, que amigos que visitaron el piso terminaron alabando el detalle decorativo del salón.

La sombra de la rutina terminó helando la acaramelada relación de la pareja. La pecera comenzó a estar sucia. Acordaron limpiarla cada uno por separado. Había semanas que a ninguno de los dos le apetecía higienizarla. Había días que hasta se olvidaban de dar de comer a *Jara* y *Rocky*. Y si se acordaban, no les apetecía. Darles de comer, una gran molestia.

Los peces, al igual que su relación, iban agonizando dentro de la pecera.

Decidieron terminar. Cada uno por su lado.

Cuando ella salió del piso, con una maleta de ropa y otra de recuerdos, la pecera rezumaba a corrompido. Hacía días que *Jara* y *Rocky* habían muerto.

LA PALESTRA DE UN ENAMORADO

En los días que leía la bíblica historia de David y Goliat, me enamoré de Ana, Y me enamoré cómo uno se enamora por vez primera: poniendo todos los latidos del corazón en ese sentimiento, como si en dicho sentimiento estuviese la raíz de toda mi existencia.

El motivo de mi lectura bíblica, era que mi tío Anselmo, sacerdote de la parroquia, me lo mandó para mi crecimiento espiritual, y yo, más por obediencia que por devoción, así lo hice.

El motivo de enamorarme de Ana, acababa de cumplir quince años y mi corazón, como flores en primavera, despertaba a la magia, al misterio y al ensoñador sentimiento del amor. Y, además, Ana era guapísima. Tenía los ojos azul cielo, un gesto en la boca que le hacía cara de muñeca y una enorme mata de pelo, negra como el azabache y larga como cuerda de arpa. Para mí, Ana era mi tierra prometida, la tierra que fluía leche y miel.

El relato bíblico denota la desmesurada diferencia entre David y Goliat: Goliat era un paladín filisteo, de casi tres metros de altura, diestro en la batalla y ataviado con armadura y armas de guerra. En cambio, David era un muchacho, pastor de ovejas, tocador de arpa, y nunca había frecuentado una batalla.

Por entonces rondaba a Ana, y con mucha timidez la cortejaba. También, por aquella época, Charly merodeaba a la misma chica que yo; y sin timidez –porque tenía más experiencia y era un ligón –, le hacía la corte. Por lo que si ella era mi tierra prometida, él era el gigante con el que tenía que batallar, el Goliat al que tenía que vencer.

Charly era alto, guapo, con buen apellido, con mucho dinero y con una BMW que acababa de estrenar, una moto que hacía la delicia de cualquier chica. Incluyendo a la guaperas de Ana. En cambio, yo era un perdedor, uno de los muchos perdedores que este mundo tiene.

Como Goliat era un gran guerrero, alto, valiente y dado a la batalla, fanfarroneaba con mucha frecuencia. Y con la fanfarronería que da el éxito y la victoria, provocaba a los escuadrones del ejército de Israel.

Charly era tan presuntuoso como Goliat, y estaba coronado de prepotencia, altivez y soberbia. Era así porque el martillo de la vida no le había humillado mucho y estaba ebrio de la jactancia que da el vino del éxito.

Sabía que competir con él por el amor de Ana, era ir perdido de ante mano, como ir de farol contra un póquer de ases. Aunque una cosa sí que sabía: él no le

amaba. Deseaba sólo su bonito cuerpo, y después presumir de que se la había "tirado". Yo, yo sí que la amaba. Y con todo el corazón.

Ni el rey Saúl ni sus guerreros más valientes se atrevieron a salir al campo de batalla. El gigante filisteo los amedrentaba con su vozarrón y su sentencia de muerte. David se atrevió a salir, pues tenía la seguridad que lo derrotaría. Nadie creyó en él. Antes, se burlaban del muchacho y de la fantasía que le llenaba su cabeza como si fuese iluminación de loco.

Y salió a la palestra.

El filisteo gigante también le menospreció como se menosprecia a un perro vagabundo. Y lo tuvo en poco. Y tanto fue el menospreció del paladín, que insultó al pastor de ovejas, y aseguró que sus jóvenes carnes serían pasto de los buitres. Pero David dijo que lucharía en el nombre del Señor de los Ejércitos Celestiales, y que vencería. No sólo lo dijo, sino que lo cumplió: aquel gigantesco montón de carne cayó desplomado al suelo como edificio que es dinamitado, porque una piedra lisa, en la honda de David, se le clavó en la frente. Y venció por K.O. Y lo que parecía imposible, ocurrió en el instante: el gran guerrero fue derrotado por el pastor de ovejas. David recibió honores y gloria de los hombres, y fue temido y respetado por todos.

Cuando mis amigos se enteraron de que trataba de conquistar a Ana, se burlaron de mí y me apodaron "Soñador". Charly, cuando llegó a saberlo, me miró por encima del hombro y me tuvo en poco. Bueno... en poco no, en nada. Me lanzó una sonrisilla con la que decía: "Pero...adónde irás tú, pobretón. Te voy hacer papilla". Pero yo, animado y fortalecido por la historia bíblica me lancé, como guerrero eufórico por el vino, a la palestra del enamorado, con la confianza de que ganaría la batalla.

También, me animó bastante un recuerdo que dormía en mi memoria: El Rayo Vallecano, colista en la liga de aquel año, metió tres goles al Real Madrid, que era el líder. Y se los metió en las porterías del Santiago Bernabeu. Y la portada del periódico deportivo, al día siguiente, decía: *David volvió a vencer a Goliat*. Y me imaginé que yo era el Rayo Vallecano y Charly el Real Madrid, y yo lo vencería en la palestra del amor.

Hablé con Ana. Muy cortado, pero con nobleza de corazón, le dije todo lo que por ella sentía. Sí, lo confieso, las pasé mal, una declaración de amor siempre cuesta decirla, y más a los quince años.

Era sábado, y el domingo estrenaban en el cine la película musical de *Fiebre del Sábado Noche*, de John Travolta, el éxito de aquel año en todos los cines, así que la invité.

Ella me dijo que lo pensaría. Yo le gustaba, pero que Charly también le había

invitado al estreno y no sabía qué hacer. Me dijo que al día siguiente, a las ocho de la tarde, en el salón recreativo donde casi siempre estábamos la peña, me daría la respuesta.

Pasé toda la noche del sábado pensando sólo en ella, como si su imagen se hubiese soldado a mi mente. Y la imaginé de mi brazo, saliendo del salón recreativo, dejando, apoyados en la máquina de discos y sorprendidos, a mis amigos. Y me imaginé al vanidoso de Charly derrotado como jugador que ha perdido todo al póquer, a punto de llorar como un niño, metido entre dos futbolines, digiriendo el pan amargo de la derrota y sufriendo el desamor. Yo, con ella de mi mano, iba para el cine; y Charly se iba a llorar para una esquina del salón recreativo, y no querría ir a ver la película de *Fiebre del sábado noche*, porque se sentiría mal, muy mal, como hombre de negocios que se ha quedado en la ruina.

Mis amigos, ante mi victoria amorosa, me honrarían y respetarían cómo se respeta y se teme a un príncipe, viendo mi victoria sobre el gigante de Charly. Y yo me sentiría orgulloso, pues el éxito siempre hincha el corazón y manda a la “porra” los complejos.

Sí David venció a Goliat y el Rayo Vallecano al Real Madrid, yo también venceré, me decía a mí mismo, como loco que habla solo.

Llegaron las ocho de tan deseado día. Me vestí como nunca lo había hecho. Quería estar radiante para sus ojos.

Llegué a la sala de juegos. Y según mis pies entraban, Charly y Ana salían de la mano, comiéndose la boca a besos. Él me miró, y dijo que iban al cine, que estrenaban *Fiebre del Sábado Noche*, y era un peliculón. Que no me lo perdiera por nada del mundo. Ella ni tan siquiera me miró, creo que ni me vio, pues iba ciega de amor, de alegría y entusiasmo.

Mis amigos estaban alrededor de la máquina de discos, esperándome para ir al cine, pero me sentí tan mal, que ni me acerqué hasta donde ellos estaban. Poco a poco me alejé del salón recreativo, hasta llegar a un prado que había cerca de allí. Sobre unos maderos que descansaban sobre el suelo, me puse a llorar amargamente. Y noté cómo escocía el alma. Y supe lo que era el desamor. Y me llené del vacío que te llena la desilusión. Recordé el relato bíblico de David y Goliat, y comprendí que tenía una interpretación espiritual, nada tenía que ver con los sentimientos personales. Y recordé la goleada del Rayo Vallecano al Real Madrid, y di por hecho que los campeones también tienen una mala tarde y los equipos modestos, una buena. Pero eso no cambia la naturaleza de los equipos, pues en cada liga el Madrid luchará por el título y el Rayo por no descender. Y comencé a aceptar que Charly siempre sería un campeón en la palestra de esta

vida. Y yo... el tiempo lo diría.

SOLO UN SUSTO

Vía Redes Sociales, Andrea lo había dicho antes de aquel viernes 20. Que todo el mundo se enterara. En especial: su instituto.

>> *Voy a darle un susto a esa zorra. Un buen susto. Un susto que se cague. ¡Se va a enterar la guarra esa! No sabe con quién ha pegado. Soy un hueso muy duro de roer. Se va a enterar la muy puta*

El viernes día 20, Andrea anunció en su página:

>> *Esta noche, en Parque Norte, se lo daré, porque seguro que estará allí esa zorra presumida. ¡Menudo susto se va a llevar!*

En su muro, tuvo cientos y cientos de citas y reseñas apoyándole en la idea.

Susana y Melody, sus mejores amigas, le contestaron que sí, adelante, que esa zorra de Bianca se lo merecía, no podía ir por los pasillos del instituto robando novios a las demás, y luego presumiendo que tenía todo el instituto a sus pies como una emperatriz tiene a su cohorte. Hasta algún profesor se le había declarado, eso decía ella. Un profesor por la que todas las alumnas del instituto suspiraban. “Soy irresistible a los hombres”, insinuaba Bianca.

Los novios –o supuestos novios, porque con dieciséis años todavía no se sabe lo que verdaderamente es un novio ni la responsabilidad que el amor conlleva –, de Susana y Melody, también habían sido *tocados* por Bianca. El de Andrea, se lo había arrebatado. De repente, como de relámpago, pasó de los brazos de Andrea a los de Bianca. Todas las promesas de amor que hechas a Andrea: humo, neblina, nada.

Ahora salía con ella, con Bianca.

Andrea se sentía mal, como herida de muerte. Se había enamorado de Ricky, vivido momentos dulcísimos, como de ensueño. Ahora, ella estaba sola, herida en el sentimiento como de rayo, y él se enternecía en los brazos de Bianca. Eso, su mente no lo digería bien. Sí, una mala digestión mental. Hasta tenía pesadillas por la noches, culpa de Bianca, culpa de la traición de Ricky.

Las Redes Sociales anunciaban botellón para aquel viernes 20, en Parque Norte, donde siempre se hacía. Cientos y cientos de jóvenes poblaban el enorme parque, una marea de juventud que se divertía a base de botellón, fabricando montones de basura y sufriendo comas etílicos. Ni a las autoridades ni a la gente vecina al parque gustaba ese follón, pero los jóvenes seguían juntándose allí cuando había fiesta.

Sobre las diez de la noche de aquel viernes 20, los distintos grupos de jóvenes se aposentaron sobre la explanada del enorme recinto, un parque que por delante tenía la ciudad y por detrás, terminaba en un empedrado terraplén que iba a dar al río. Un terraplén rocoso y con mucho desnivel.

La juventud que iba apareciendo, todos portaban bolsas con la etiqueta de algún supermercado de la ciudad: *Mercadona*, *Alimerka*, *Dia*, *Lidel*, etc. Dentro de ellas, bebidas alcohólicas de cuarenta grados y botellas de refresco. También, algo de comer: chucherías, pastelitos y alimentos de ese estilo. El alimento menos indicado para empapar el alcohol que iban a ingerir.

A las once llegó al parque Andrea, vestida con una minifalda y unas botas altas que le llegaban a las rodillas. El pelo rizado y maquillada. En su bolsa del *Dia*, una botella de vodka y otra de Coca-cola. Algo de comida. Picoteo más que otra cosa.

Buscó a su grupo y enseguida dio con él. Paraban bajo un gigantesco árbol, ya estaban bebiendo y bailando al compás de la música que salía de sus teléfonos móviles. La besaron al verla y le ofrecieron el vaso de lo que bebían: ginebra con Coca-cola. Andrea bebió con ganas, un trago largo y gustoso, que refrescó el paladar y le calentó el corazón. Chascó la lengua después de dar el trago.

–Estás muy guapa –le alabó la figura su amiga Melody, que era rubia y vestía pantalón y camisa tejana.

–Una princesa, pareces una princesa – la elogió su amiga Susana, que era bajita y algo regordeta –.Seguro que hoy ligas.

–¿Vuestros novios? –preguntó Andrea, y descorchó su botella de vodka.

Escanció en un vaso de plástico y luego echó Coca-cola.

–Vendrán ahora –contestó Melody, muy chispoleta –. Dijeron que sí, que sí vendrían.

–El tuyo lo hemos visto con Bianca –dijo Susana con un deje en la voz serio y lastimoso –.Esta por ahí...

–Ya no es mi novio –contestó arrastrando desdén en el tono, luego escupió contra el suelo –.Ahora es de ella. No digáis nunca más: “mi novio”. Además... por mí, que le den por el culo a todos lo chicos. A Ricky, el primero. Te enamoras de ellos, te enterneces en sus brazos y... luego se piran con otra. ¡Que les den a todos por el culo! ¡Que les folle un pez!

A su vaso de vodka, Andrea le pegó un trago largo y apurado, un trago de los que calienta el corazón y tranquilizan los nervios.

Y volvió a repetir:

–¡Que le den por el culo a todos los tíos!

–¿A lo mejor quieres hacerte *bollera*? –con una risotada preguntó Melody, que también bebió de su vaso.

–Pues a lo mejor –respondió con indiferencia –.Las tías damos menos disgustos que los tíos. Los tíos son todos unos cabrones.

–Te enamoraste de Ricky, y mucho –le recordó Susana, y sorbió de su vaso –.Te enamoraste de verdad.

–Ya le olvidé –contestó seca y tajante, y dio una palmada en el aire, como espantando el recuerdo de Ricky –. ¿No se fue con esa zorra? ¡Pues archivo a la papelera del olvido! Me reinicio para otro amor. Punto. Si vuelvo a enamorarme, lo haré de una chica.

Cuando volvían a llenar sus vasos, aparecieron los novios de Melody y Susana. Juntos, sentados sobre la hierba, comenzaron a beber y a charlar. Los novios eran un calco a cualquier otro chico que poblaba el parque: pelo cortito, ropa ajustada, andares chulescos y el móvil en la mano, escuchando música o mandando mensajes. La diferencia de los novios era que el de Melody resultaba rubio y con pecas, mientras que el de Susana, moreno y rizado.

Mientras bebían, uno de los novios sacó unas pastillas del bolso, pequeñas y de color azul. Las repartió. Con ansia las tragaron. Con ansia y un buen trago de la copa.

El alcohol y las pastillas fueron hinchando el cerebro, rompiendo timidez, soltando valentía, y Andrea se sintió con ganas de buscar por el parque a Bianca. Había llegado la hora de cumplir su amenaza, una amenaza que se colgó en Redes Sociales días antes.

–¿Vas a matarla? –preguntó Melody. Tenía los ojos rojos y el vocabulario torpe, propio de quien ha abusado del alcohol, de un alcohol más digno de mercenarios que de adolescentes. Cuarenta grados de alcohol, son muchos grados. Y más para quien todavía casi son niños –. ¿Vas a matar a esa zorra?

Andrea frunció el ceño, luego se limpió la boca de restos de bebida.

–No. Quiero darle un susto. Cuatro hostias bien dadas. Que se entere que no se puede ir por la vida quitando novios a las demás. Que una tiene su corazón... y nadie debe de rompérselo. ¿No te parece?

–Eso, que no todas somos tan agradecidas como ella y tardamos en pillar. Sí... pillamos –rebufó Susana, y se alegraba porque parecía que por fin alguien hacía justicia con las menos agradecidas.

Los novios de sus amigas, como ellas, también estaban pedos. Habían bebido ginebra, vodka, mezclado con Coca-cola. Y las pastillas. Pedos totales. Bufas a tope. Toda la peña tenía perdida la sensatez. De los cuatro, nadie razonaba a Andrea de que no hiciera locuras, sino todo lo contrario: le jaleaban como quien jalea a un luchador.

–¡Ábrela en canal como a un cerdo! –dijo Melody con la voz pastosa y borracha.

–¡Descuartiza a esa guarra como hacen los destripadores y carniceros! – corroboró el novio de ésta.

–Lo qué te hizo, no se hace –justificó Susana, y daba pasos en falso culpa de la bufa que tenía –.Que no robe novios a nadie. Jode mucho cuando un chico te deja por otra, se sufre la hostia, duele mucho.

–Es una traición –sentenció el novio de Susana, el moreno rizado –.Es una traición a tu persona, que se lo diste todo. Castígale duro, muy duro.

–Si yo fuese una chica, no le perdonaría la vida a esa gallina –aconsejé el novio de Melody, el que era rubito y con pecas –.La mataría.

Con Andrea a la cabeza los cinco paseaban por el parque, buscando el grupo donde estuviese Bianca.

–¿A quién buscáis? –preguntó un tipo que, como ellos, estaba bufa perdido.

–¡A ti qué coños te importa! –Respondió Andrea, que estaba envalentonada como colérico guerrero –. ¡Bebe hasta el coma etílico, guapo!

Sus amigos se echaron a reír de la bravuconería de su compañera.

Bianca, vestida de pantalón corto y cazadora de cuero, estaba muy sensual aquella noche. Ciertamente era guapa: alta, delgada, con una cara bonita y unas tetas con la medida perfecta. Sí, la reina del instituto. Cualquier chico mataría por ella. Cualquier chico dejaría a su novia por ella. Ricky la dejó a las primeras de cambio, se tiró a los brazos de Bianca como quien se tira de un trampolín a la piscina.

Estaba con su grupo, que lo formaban Ricky, dos amigas y sus novios. Como todos los presentes, había bebido y estaban pedos. No estaban muy lejos de donde terminaba el parque y comenzaba el terraplén que terminaba en el río. Se hallaban bailoteando una canción cuando frente a ellos apareció Andrea y su grupo.

Se pusieron frente a ellos, como si les rodeasen.

–¡Tú, *robanovios*! –Señaló Andrea en tono desafiante, colérico –. ¿Has leído en mi página de Facebook?

Bianca y su grupo dejaron de bailotear en seco y se quedaron mirando fijamente para ellos. Otros grupos de jóvenes también miraban la desafiante escena.

–Leo lo qué me interesa, guapita de cara –contestó Bianca, y su tono de voz también era retador –.No tengo ojos para leer lo que no me interesa. Y lo tuyo, no me interesa para nada.

Andrea puso postura de valiente y desafío.

–¡Pues en mi página digo que era una zorra! –Andrea levantó la voz hasta el grito – ¡Una grandísima zorra! ¡Zorra y *robanovios*!

–¡Eso te lo vas a tragar, puta asquerosa! –desafió Bianca, y con paso firme se fue a por ella.

En seco, Bianca frenó el paso.

Andrea, de una de las botas había sacado un cuchillo y lo había blandido en el aire con desmesurada valentía.

Bianca y sus compañeros se petrificaron de repente, como si fueran fósiles humanos. Aquello les sobrepasaba. Una cosa son dos tirones de pelo entre chicas y otra muy distinta, un cuchillo que desafía en el aire, que presagia muerte.

Ricky, que era alto, delgado y guapo, trató de acercarse a ella y habló con sensatez. Quizás, la única ráfaga de sensatez que se escuchó en toda la noche.

–¡No hagas locuras, Andrea! ¡Por favor, no hagas locuras! ¡Las cosas no son cómo empiezan, sino cómo terminan!

–¡Cállate tú, Judas Iscariote! –gritó ella con poso amargo. Su voz y tono helaban la sangre –¡Me vendiste como Judas vendió al Señor! ¿El culo de esta zorra valía treinta monedas? Ja, ja, ja.

Reía con cierto aire de locura. Estaba transformada por el alcohol y las pastillas. También, por la rabia y el odio que llevaba dentro.

Ahora, Ricky también se amilanó.

Amedrentado, se calló en seco.

El grupo de Andrea, era el único feliz y gozoso ante aquella escena de venganza. Sentían que por fin se hacía justicia. La jaleaban como se jalea a un púgil en pleno combate.

Blandiendo el cuchillo en el aire, Andrea dijo:

–Solo pretendo decir, y enseñar a esta guarra, que no se puede ir por ahí robando novios. Tonteando con otros chicos que salen con alguien, seduciéndoles con la mirada, con la sonrisa, con los gestos de su cuerpo de muñeca Barbie. Jode mucho cuando otra chica te roba a tu amor, sientes que te quedas en bragas delante de todo el mundo.

Bianca, como petrificada en la oscuridad de la noche, miraba el cuchillo que la mano de Andrea blandía en el aire con excesiva gallardía. Se notaba que había estado ensayando con el arma, lo hacía muy bien para ser la primera vez que blandía un cuchillo.

Esta vez, Bianca sí temía su amenaza. Andrea estaba fuera de sí, con un agujón de acero en la mano.

Poco a poco, todo el parque se fue agrupando alrededor del desafío. Nadie decía nada. Todos cuchicheaban entre sí. Nadie dijo de llamar a la policía.

–¡Eres una zorra, una grandísima zorra! –Andrea amenazó de nuevo, extendiendo el cuchillo por delante y dirigiéndose hacia Bianca con un paso firme y seguro –. ¡Te voy a matar! ¡Cumpliré mis amenazas dichas en las Redes

Sociales!

Por el temor, Bianca comenzó a caminar hacia atrás con paso apurado, procurando evitar la pinchada del cuchillo, que cada vez se le acercaba más a su cara.

Andrea, cuchillo por delante, seguía hacia ella.

Su grupo le animaba. “¡Mátala, mátala!”.

Con pasos hacia atrás, en la oscuridad de la noche, Bianca llegó hasta el final del parque. No se percató de ello y cayó por la pendiente. Comenzó a rodar por la empedrada ladera. Se golpeó la cabeza contra una gigantesca piedra, una piedra enorme y de corte. En breve, su cabeza se empapó de sangre.

Ante la policía, Andrea confesó su pensamiento: “Yo sólo quise darle un susto, un susto que se cagara. Está escrito en mi página de Facebook”.

ENGAÑADA

Desde hacía tiempo, un tiempo que ella estimó demasiado, no la tocaba. Antes, no es que Romeo fuese un tigre en la cama, pero, al menos, cumplía. De nota suficiente, así lo estimaba Nazaret.

Para despertarlo de su letargo conyugal, por las noches, Nazaret se vestía con sugerente lencería, una lencería que abriría los ojos a un ciego y resucitaría a un muerto. Para mejorarlo todo, decir que el cuerpo de Nazaret era bonito, bien hecho, torneado como una botella con curvas. Aquel cuerpo, vestido con aquella sugerente lencería de rasos negros y puntillas de hilo, era una hermosa estampa de sensualidad y erotismo. Un toma pan y moja. Un todo para mí. Pero ante el erótico paisaje, Romeo seguía ciego. Ciego, sordo y mudo.

Como no podía ser de otra manera, un pensamiento invadió su mente, un pensamiento que le hería los sentidos como tajantes cuchilladas: existe otra. Si otra no existe, ¿cómo es posible tanta indiferencia? Hay otra mujer en su vida, a la que besa, acaricia, mima con ternura y se desmaya entre sus piernas. Ahí deja las fuerzas que luego en casa le faltan. Se cansa en una cama y duerme en otra.

Con la pólvora de tales pensamientos en su mente, Nazaret, como se colocan las fichas de un puzzle, fue colocando detalles de los últimos meses de la vida de su marido. Dos días a la semana llegaba tres horas tarde a casa. Justificaba el retraso con horas extras de trabajo en la oficina de seguros donde trabajaba. Que sí rellenar partes de accidente, que si atender a clientes de última hora, que si peritos para arriba, que si peritos para abajo, que si peleas con otras aseguradoras por el accidente de un cliente de la compañía... Otro detalle: salidas a cenar con Julián, un amigo de infancia y juventud que, tras años en el extranjero, había regresado a la ciudad. Para ir a cenar con su amigo, Romeo se vestía como un dandy. Ella no conocía a ese amigo. Cuando se casó con él, el amigo andaba ya fuera de España.

Creyó tener en su mente el puzzle montado: en la vida de Romeo no existía un amigo llamado Julián, sino una amiga. Es decir: una *Juliana*. Una grandísima zorra, como todas, pensó Nazaret con un poso de ira. Una zorra come gallinas. En este caso: una zorra quita maridos.

Pensar que se la estaba pegando con otra, le hizo sentir una punzada en las extrañas y le parecía recibir una palada de barro en la cara de los honores. No sabría decir qué le dolía más, si el engaño o la vergüenza del deshonor.

Nazaret, era bastante conocida en la ciudad, trabajaba en la biblioteca pública

del Estado. Tenía una larga familia, y ella era el espejo donde sus primas se miraban. Resultaba una gran vergüenza que todos se enterasen que su marido comía fuera lo que bien podía comer dentro. Además, la mesa que tenía en casa, era buena y bonita. Aquello era un gran deshonor. Un puñado de barro sobre la cara.

Un jueves, Romeo advirtió en casa que el viernes tendría una cena con su amigo Julián. Otra cena más. Otra salida. Es cuando ella tramó seguirle, necesitaba confirmar su sospechoso pensamiento. Deseaba ver la cara de esa supuesta *amiga*, de la supuesta *Juliana*.

Se caló una gorra al estilo del Ché Guevara y se colocó unas gafas oscuras. Ciertamente, difuminaba el parecido de su imagen. Para seguir al coche de su marido, un Renault Laguna de color plata, pidió prestado el de una amiga y compañera de trabajo: un Seat Córdoba de color blanco. Con el suyo, un Audi 3 de color verde aceituna, por los retrovisores, su marido podría reconocerle. Había que hacer muy bien el trabajo de detective. Un espionaje perfecto, pensó.

Vestido de traje negro, camisa blanca y corbata de rayas, Romeo salió de casa. Un dandy, un pincel. Antes, de los labios de su esposa, escuchó: “Diviértete”.

Guapo. Nazaret, vestido como iba, lo vio muy guapo. Para colmo, Romeo tenía figura: alto, delgado, sabiendo vestir. Sintió celos, unos amargos e hirientes celos.

Tras salir con el Renault Laguna, ella le siguió en el Seat Córdoba. Por el casco urbano de la ciudad, el recorrido pudo durar quince minutos. Semáforos en rojo, semáforos en verde, semáforos en ámbar. Pasos de peatones que respetar, glorietas tomadas con cautela, Stops guardados con prudencia. En una calle recta y con todo el aparcamiento ocupado por otros coches, Romero detuvo el Laguna a la derecha, en doble fila, a escasos metros de un bar llamado 2Copas. El letrero que lo anunciaba destellaba, de manera intermitente, luces de color rosa.

Romeo, dejando las luces de emergencia puestas, apresuró el paso hacia el bar. Tras el Laguna, a varios metros, en doble fila, se detuvo Nazaret. Como Romeo, puso las luces de emergencia y se dedicó a esperar. Lo que esperaba ver, ya se lo imaginaba, corría en su pensamiento de forma veloz y convencida: Romeo entraría en el bar y saldría con una mujer. Subirían al coche, que para eso esperaba en doble fila de manera urgente, porque no tardarían en salir, y se irían a cenar a un buen restaurante. Luego, unas copas. Luego... lo que le dolía tanto pensar.

En esos pensamientos andaba Nazaret cuando vio que del bar salían dos hombres agarrados de la mano, y de la mano, una pareja de hombres entraba. Se convenció de que era un bar de ambiente gay. Fue entonces cuando sintió algo que le heló por dentro, paralizándole casi la vida.

Rechazaba el pensamiento que le había venido.

¡No!

¡No podía ser aquello!

¡Si era, resultaba mucho peor que con una mujer!

¡No, no podía ser!

¡Imposible!

No, no, no...

Sí.

Era.

Antes de cinco minutos, vio a su marido salir del bar con un hombre de la mano, riendo ambos como dos enamorados. Lo que eran.

Entraron en el coche. Vio como se quitaban las luces de emergencia del Laguna y como éste se volvía a incorporar al tráfico, perdiéndose de su vista.

Con aquel sentir helado dentro, comenzó a llorar. Jamás había llorado así, con ganas de morirse. Lo visto, no era una palada de barro sobre la cara de su honor, sino de mierda. Alguien dijo que las cosas pueden siempre empeorar. Cierto. Se puede perder una pierna, y también las dos. Las cosas siempre pueden empeorar. Aquello, para Nazaret, empeoraba a pasos agigantados, con prisa de carcinoma.

El hecho, la humillaba hasta lo sumo. Más bajo no se podía caer en una vida matrimonial. En una vida matrimonial, en apariencia, bastante buena. Vergonzoso es que tu marido te deje por una mujer, pero si te deja por un hombre... Más que vergonzoso, humillante, muy humillante. Sí, aquello no era una palada de barro en la cara, era una palada de mierda.

Lloraba. No dejaba de llorar.

El coche que el suyo aplacaba por estar en doble fila, con cierta ira le tocó el claxon, pidiendo paso para salir del aparcamiento. “¡A llorar al psicólogo, señora!”, le gritó la voz del coche. Por la ventanilla pudo escucharlo. “¡A llorar al psicólogo!”.

Metió primera y se adelantó unos metros, aparcando en doble fila sobre el coche siguiente. El coche que salía le volvió a pitar con cierta ira el claxon. En otra ocasión lo hubiese mandado a la mierda, pero esta vez las lágrimas no le dejaron.

Cuando pudo reaccionar lo más claro posible, se fue para su casa. Se tumbó sobre la cama y volvió a llorar. Pensaba desde cuándo Romeo había encontrado gusto a los hombres. ¿Tal vez desde niño? ¿De jovencito? Lo conoció con veinticinco años, nunca le dio una sospecha que fuese gay. ¿A caso había fallado ella? Preguntas que le carcomían el alma, los sentidos, el corazón.

También, pensó si había alguna manera de que el asunto no saliera a luz. Más que una vergüenza, era una humillación. Esperaba –y deseaba que en su entorno,

amistoso y familiar, nadie supiera la inclinación de su marido. Pensó en un plan que evitaría que la palada de mierda le embarrara en la cara. Si de su entorno nadie lo sabía, jamás lo sabrían.

Como pudo, recompuso su figura y en la cama esperó despierta hasta que llegó Romeo, que no llegó muy tarde. Cuando éste apareció, se hizo la dormida.

Los domingos comían paella, a Romeo le gustaba mucho. Siempre pedía que llevara los mismos ingredientes: gambas, mejillones, aceitunas, trozos de pescado, almejas, trocitos de pollo y anillas de calamar.

La de aquel domingo, sin él saberlo, llevaba un ingrediente más: veneno.

LA PROMESA

“Está usted un poco mayor, don Emilio”, le recordó el médico, tratando de ser gracioso, tras decirle que en su Colon había cosas feas. El médico se lo explicó con un vocabulario propio de la medicina, del que Emilio no se enteró de casi nada, pero lo que tenía que entender, lo entendió de sobra. “Sí, que ya me voy para el valle Josafat”. “No hay que ser drásticos”, aconsejó el doctor.

Drásticos, no, realistas, pensó el viejo Emilio.

Noventa años son muchos años, pensaba, y decía, Emilio decenas de veces. Noventa años son muchos años.

Hasta entonces, hasta hacía unos meses de aquellas pruebas médicas, Emilio disfrutaba de salud, aunque con los achaques propios de su edad: un dolor en el costado, las piernas que se duermen un poco, el pie que no lo levantaba hasta donde debía de levantarlo, un catarro que duraba todo el invierno, cansancio, un poco de sordera, de ceguera también... Noventa años son muchos años. “La culpa de mis achaques es la fecha de mi nacimiento, nací en 1926”, bromeaba el viejo, que siempre disfrutó de buen humor. “En el 26, gobernaba España Primo de Rivera. Desde entonces, ha pasado una república, una guerra civil de tres años, una dictadura de cuarenta y una democracia que ya no sé por qué número de presidente va, pero muchos. De Derecha, de Izquierda, de todos las manos... Fíjate si tengo años”.

Lo que ahora le había venido no era otro achaque más, sino una seria enfermedad. “Nadie se muere de salud”, jocosamente había dicho en diversas ocasiones. “Nadie se muere de salud, sino de enfermedad”.

Se despidió del médico y salió de la consulta, caminó por el pasillo hasta llegar a los ascensores, y pensó que ya había llegado la hora. Había que hacerlo sí o sí. No había vuelta de hoja. Era lo hablado, lo prometido muchos años atrás. Lo que se promete, es deuda, dice el refrán.

Al llegar a casa, le esperaba Encarna, su mujer. Otra anciana como él. Ochenta y ocho cumpliría en abril. Tampoco era una niña. Le esperaba postrada en cama, pues no se levantaba hasta que él la levantara. Hacía más de una década que sufría una de esas enfermedades que te paralizan el cuerpo hasta depender de otro cien por cien. A su vez, de la mente de Encarna ya se había borrado casi todo. Casi un vegetal. Casi un muerto en vida. Pero Emilio no quiso meterla en una residencia, la quiso seguir teniendo en su casa, cuidarla él hasta donde

pudiese. Era su cuidador, su cocinero, su lavandero, su peluquero, su todo...

Su noviazgo, allá por los años 50, tuvo mucha oposición. Los padres de ella nunca vieron con buenos ojos al mozo Emilio. Lo vieron poca cosa para su hija, que era una real moza: alta, delgada, pelo negro, a caracoles. También, era simpática, graciosa, desenvuelta. Había aprendido a leer y a escribir correctamente, y eso, para una mujer de aquella época, era todo un lujo.

Emilio, en cambio, no era buen mozo pero sí tenía mucho carácter, era emprendedor y decidido. No lo acobardaba nada. Ni nada ni nadie. Y por su gallardía se llevó del brazo a Encarna, desilusionando a los padres de ella y recibiendo las alabanzas de mucha gente del pueblo.

Por el buen ligue, a Emilio no le faltó copla de sus amigos y allegados.

*Caballero, donde entraste,
buena paloma sacaste.
Caballero, donde entró,
buena paloma sacó.*

A Encarna la pretendió el hijo de un médico que, como el padre, estudiaba medicina en la universidad. Un buen partido, en teoría de los padres de la moza, pero ella se había enamorado de Emilio y por él estaría dispuesta a todo. En el tren del amor, se había subido con Emilio; con él quería seguir el viaje y con él quería terminar en la última estación. Ni médicos ni doctores quiso Encarna, quiso a Emilio. “Los médicos, para curarme cuando esté malita”, dijo Encarna con un pellizco de burla. “Te vas a morir de hambre con él”, le advirtieron los padres. “¡Pues si me muero, se me entierra!”, dijo ella, y el dicho sonó a sentencia. “No tiene dónde caerse muerto”, los padres, otra vez con las indirectas venenosas, tratando de enfriar el amor de su hija por el mozo Emilio. “De momento no se quiere morir, ni caerse, lo único que quiere es ser feliz a mi lado”, respondió la moza Encarna, con mucha guasa.

Tras la ceremonia de la iglesia, los familiares de los novios hicieron banquete en casa de Encarna: una ternera estofada y varios pollos guisados. También algún dulce, que hizo el deleite de los más pequeños. Y vino, mucho vino, que terminó alegrando el corazón.

Se les cantaron coplas a los novios.

*Ayer estabas soltera
con el cabello tendido
ahora estás prisionera
a la sombra del marido.*

*Adiós os decimos todos
con alegría y contentos
y pedimos a la virgen
que os pinte el casamiento. **

No, no se murieron de hambre, como habían presagiado los padres de ella. Emilio era trabajador y fuerte, y sudó hiel y vinagre abriendo surcos en la tierra, sembrando, regando, cosechando. Su piel se tostó por los azotes del aire y por el brasero del sol; sus manos se agrietaron por la dureza de las herramientas, pero el pan abundó en la mesa.

Tuvieron dos hijos, varones los dos. Emilio, el primero, y Juan. Y en cuánto a los polluelos le salieron alas, volaron del pueblo. No quisieron las tierras. A ellos nos les tostaría el sol ni se le agrietarían las manos como al padre. Estudiaron un poco y se fueron a la capital. Uno se colocó de administrativo en un banco y el otro de conserje en un prestigioso restaurante. Emilio y Encarna se quedaron solos, como recién casados. Y solos caminaron hacia la vejez. Y en la vejez, solos estaban. “Los hijos nos son una buena inversión, siembras mucho y recoges poco”, decía Emilio, cuando en la taberna se achispaba por el vino y el coñac, y se ponía hablador y filosófico.

Al pueblo podían venir una vez al año, estaban con ellos dos días y volaban para la capital. “Han estado tan poco, que no me han dejado ni el olor en la casa”, decía Emilio, con retranca. Cuando más estuvieron fue cuando a Encarna le pasó lo del parálisis, pero como siempre, parecían tener prisa por volver a los suyos. En cuánto todo se colocó, apresuraron la maleta. Quedaron de venir a menudo, pero no vinieron. De vez en vez, llamaban por teléfono. Con babas de morbo, su padre les decía siempre lo mismo: “Mamá está como una reina, no le falta de nada. Y yo estoy como un rey. Esta casa es el palacio real. ¡Hasta luego, hijo!”.

Vecinos y familiares aconsejaron a Emilio que los dos se fuesen a una residencia. “Hay residencias que son hoteles, verdaderos hoteles”, con ganas de animar le dijo un vecino. “Si, hombre, el hotel Palace, ese de Madrid, tan famoso”. Se guaseó el viejo Emilio. Otros le aconsejaron que fuesen para donde los hijos. Un mes con cada uno. “Un mes es lo que duraremos Encarna y yo, porque nos meterán en uno de esos hoteles Palace. Ja, ja, ja”. Menudos cabritos estaban hechos sus hijos, pensaba. Más que cabritos, cabrones.

El pequeño, Juan, se había echado una novia. Ya vivía con ella. Un día la trajo al pueblo y la presentó. A Emilio no le gustó nada. Es más: veía la ruina de su hijo en aquella mujer. No le dijo nada. Ya lo aprenderá en el camino de la vida,

pensó. Además, de haberle dicho algo, lo único que podría conseguir era distanciarlo más de lo que ya estaba. Aquella mujer, según Emilio, no era de las que entraban en la familia del marido, sino de las que sacaban al marido de su propia familia. A Juan no hacía falta sacarle, ya estaba fuera desde hacía tiempo.

*copla antigua que se cantaba a los recién casados.

La promesa que ambos se hicieron ocurrió muchos años atrás, cuando Emilio y Encarna eran jóvenes, estaban sanos y todavía quedaba mucha siega de futuro por delante. Vieron en el pueblo morir, ya por viejo, a un hombre. La viuda se quedó sola. Tenía hijos, pero cada uno estaba a lo suyo. La viuda, anciana, enferma y delicada, lo pasó mal. Una noche se quemó su casa, y la vieja pereció por las llamas. Fue cuando Encarna, agarrando las manos a Emilio, le dijo: “Cuando tú te vayas, me iré yo. Y si me voy yo, tú te vendrás. Prométemelo”. “Te lo prometo”, respondió Emilio.

Y ahora había llegado el momento. Emilio no tardaría en partir. Los males que guardaba su colón, a la edad de noventa años, poca, o ninguna, esperanza tenían. Además, el médico le había dicho que tendría que pasar por un calvario: radio, *quimio*, pruebas, análisis...Un calvario. Un calvario sin esperanza, ¿para qué?, se dijo así mismo.

Podía romper su promesa, irse él y dejar a Encarna allí, pero Encarna, en cierto sentido, hacía tiempo que ya se había ido. Más que con la parálisis, con la pérdida de memoria. Ese fue el empujón brutal hacia la muerte. “Se le borró la cinta de los recuerdos, se le borró la vida”, había dicho Emilio en alguna ocasión.

Aquella noche se acostaron como cualquier otra noche. Antes, escribió una nota que dejó sobre la mesa del comedor y cerró puertas y ventanas. Abrió la llave del gas.

La Bañeza (León) Spain 2018

Table of Contents

[EL FAVOR](#)

[RECETA GASTRONOMICA](#)

[VISTETE DE VERSACE](#)

[UN DIA DE CLASE](#)

[AMOR MESSENGER](#)

[ODIO](#)

[LA EXTRANJERA](#)

[DESEOS´PUB](#)

[LA PECERA](#)

[LA PALESTRA DE UN ENAMORADO](#)

[SOLO UN SUSTO](#)

[ENGAÑADA](#)

[LA PROMESA](#)